

# La Esfera

22 Enero 1916

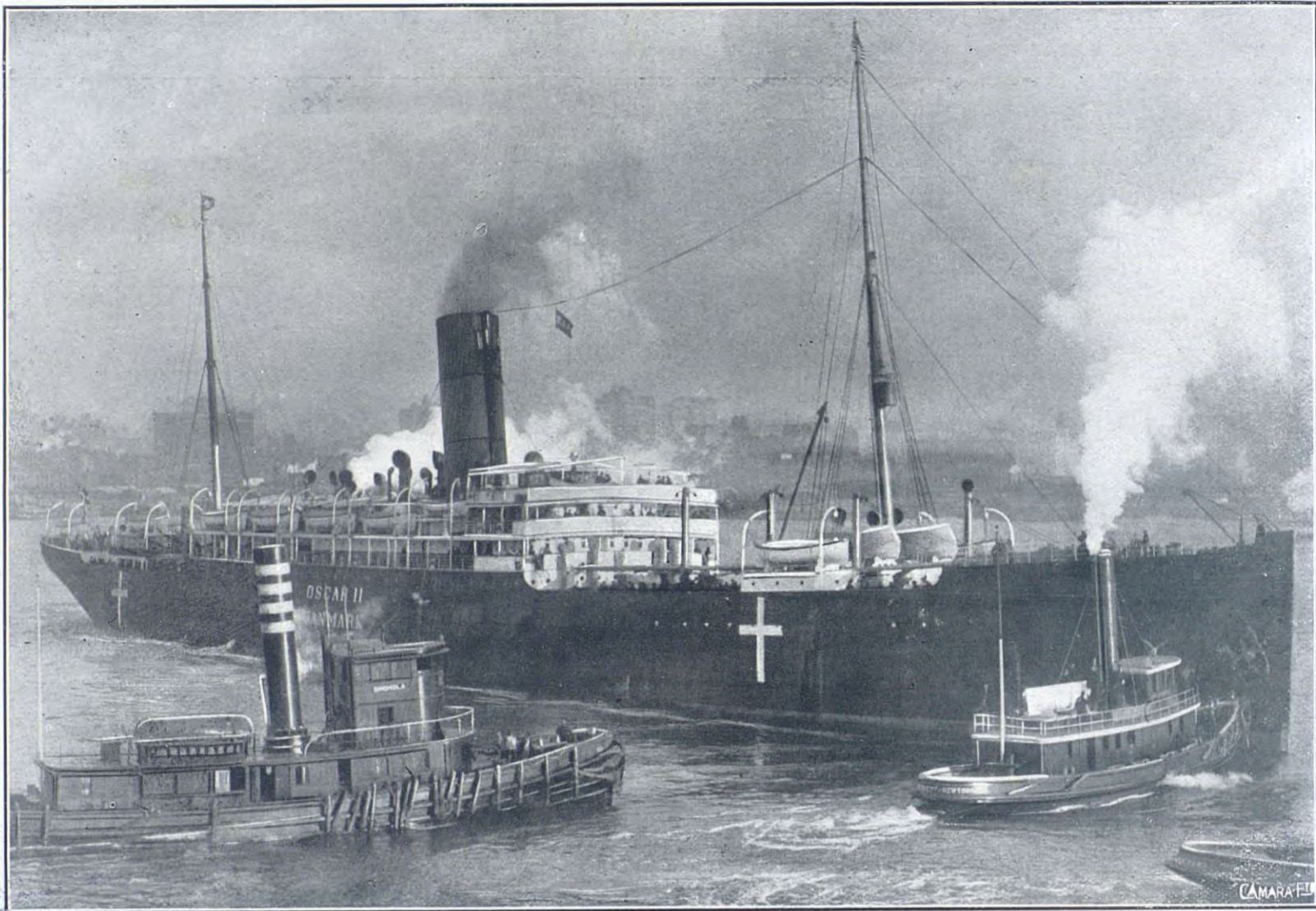
Año III.—Núm. 108

ILUSTRACION MUNDIAL



CAMPESINA, por Eugenio Hermoso

DE LA VIDA QUE PASA  
**LOS PACIFISTAS Y LOS INDUSTRIALES YANQUIS**



El vapor "Oscar II", fletado por Mr. Henry Ford y otros millonarios norteamericanos que forman la comisión de la Paz, que viene a Europa a bordo de dicho barco

EN una revista argentina se ha publicado una caricatura que condensa el momento actual: Europa está amarrada por la guerra a un potro de tormento. Sólo el Papa y el Rey de España intentan desatar los nudos. El caricaturista dice: «Son demasiado débiles.» Es verdad. El Vaticano y nosotros somos poco fuertes para imponer la paz a las naciones que guerrear, tanto más cuanto que espanta la indiferencia con que la opinión pública española asiste al tremendo espectáculo. Ni real ni aparente hay en España un gran clamor de las conciencias pidiendo la paz. Y es que nosotros apuramos un cáliz de amargura, sin que escuchásemos en Europa una sola palabra de consuelo. Antes al contrario menudearon entonces las injurias.

Pero otras naciones neutrales no están en nuestro caso y, sin embargo, tampoco en ellas surge el anhelo espiritual de imponer la paz a los contendientes; de imponer la paz a todo trance, inmediatamente, por el aislamiento, por la fuerza misma; la guerra para terminar la guerra. Suecia, Noruega, y sobre todo, los Estados Unidos parecen ser las naciones que echa de menos el caricaturista argentino.

Las generaciones que nos sucedan; los historiadores que en el porvenir quieran reconstituir los sucesos actuales se asombrarán de que esos pueblos no sólo no hayan deseado la paz sino de que estén atizando la guerra con su dinero, con sus armas, con sus municiones, con sus víveres. Entre los yanquis, al estallar la guerra, con la dolorosa amputación de Bélgica, surgió una oleada de retórica pacifista, nutrida de los viejos tópicos con que se nos había enseñado a abominar de las guerras, sin perjuicio de que cada cual las deseara cuando las creyera convenientes a su patria y a su raza. Así el pacifismo yanqui deja



¡ALTO LA GUERRA!  
 Cartel de propaganda de los pacifistas yanquis

vocear al jingoísmo contra España; así el pacifismo inglés deja destrozado a aquel pobre pueblo boer, como a un rebaño; así el socialismo de todas las naciones se cruza de brazos cuando todos esperábamos que en su corazón latiese fuertemente un nuevo sentido de la hermandad humana...

Aun así, aun siendo puramente retórico todo ello, halagaba nuestros oídos escuchar aquel vocerío de las manifestaciones que cruzaban las calles de Nueva York, de Chicago, y sobre todo de San Francisco, temerosas del alejamiento de los europeos de su Exposición, pidiendo la paz, pero bien pronto la idea de los negocios, el finfiteo del oro, acalló las peticiones pacifistas. Mercurio engrandecía a unos pueblos mientras Marte destrozaba a otros.

Así, cuando un multimillonario, Mr. Ford, cuyo nombre nos era desconocido, porque, acaso, hasta ahora no se le había ocurrido hacer cosa sonada en provecho de la Humanidad, reunió un grupo de amigos, fletó un buque con grandes cruces blancas y rojas pintadas en los costados, más para aplacar las iras de los submarinos que para que los peces del Océano admirasen la enseña de la paz y vino a Suecia buscando un Rey y un pueblo que les ayudasen a hacer cesar la guerra, todo el mundo se rió en los Estados Unidos, porque imaginaban allí que los neutrales de aquí estarían igualmente atareados en contar las monedas de Sylok, en fundir cañones, en forjar aceros y en fabricar municiones enriqueciéndose con los despojos, aún no repartidos, de las locas naciones que pelean.

Y así ha sido. Mr. Ford, al ver que en Suecia también se le reían, ha regresado a su hogar y ha dejado en un puerto de Europa, como trofeo de su pacifismo, un buque cargado de tarjetas

postales. ¡Con dibujitos vamos á imponer la paz!...

¡Y fuera ello tan fácil! Si un designio providencial no hubiese determinado que fuera éste el momento en que fracasara moral y materialmente toda una secular civilización que ha vestido con la túnica de Cristo al paganismo más grosero, es seguro que las naciones neutrales no se hubiesen sentido enloquecidas por la codicia. Impotentes para evitar la guerra debieron bloquearla, dejarla entregada á sus propias fuerzas. Hace muchos meses ya que hubiese terminado. Pero, salvo la candorosa España, que recibe de la guerra los daños y no busca los provechos, el mundo entero se ha trocado en una bolsa para la guerra, en una fundición para la guerra y en un granero para la guerra. A cada nación que cae despedazada—; esa tragedia de la pobre Servia y del patriarcado de Montenegro!—se oye un clamoreo de regocijo, porque eso significa que la guerra va á continuar, que se va á extender hacia Asia y hacia Africa y que harán falta, por tanto, más cañones, más fusiles, y más empréstitos. Desde el siglo XVIII jamás el dinero había valido tanto y había producido tanto interés. ¡Como que son las monedas de Judas que tienen valor de sangre humana!

En las manos de Pieport Morgan y en el libro de caja de su banca han estado por unos momentos los destinos de la Humanidad como si él fuese un rey de reyes y como si las páginas de su libro hubiesen sido rayadas bajo el haber y el debe en un Sinaí divino. Porque hubiera bastado que se negara á hacer empréstitos de guerra, cuando tantos serán necesarios el día de la paz, para que la guerra hubiese terminado. Pero rodeando al singular banquero, Morgan veía que la muchedumbre de capitalistas, ingenieros, industriales y obreros yanquis alzaban los puños hacia él gritándole: «¡Atiza la guerra! ¡Azusa los contendientes!», como un nuevo *crucifical*. Y Morgan, tan humanitario, tan desprendido, amante de obras de arte, fundador de escuelas y bibliotecas se resignó á representar su papel de Pilatos, y abrió sus cajas para que las naciones tuviesen más oro que ofrendar á la devastación y á la muerte.

Y ved las consecuencias de esto. Las fábricas de acero yanquis llevan enviadas á Europa 800.000 toneladas de barras para hacer municiones. Todos los talleres donde se manipulaban metales para hacer maquinarias, automóviles, herramientas, utensilios, juguetes, se han transformado rápidamente para producir cuanto la guerra necesita. Así la *Chicago Pneumatic* ha producido ya 500.000 granadas cargadas, la *Steel Foundries* muchas más por valor de 100 millones de francos, la *American Locomotive* y la Compañía de los frenos Westinghouse, en lugar de locomotoras y frenos, llevan fabricados *shrapnells* por 540 millones de francos. Por encargo de Rusia una fábrica de vagones ha repartido con otras fábricas pedidos de municiones que valen 750 millones de francos. La *Westinghouse Electric* ha hecho 2 millones de fusiles que le han valido 270 millones de francos y granadas por valor de 420 millones. La fábrica de locomotoras Baldwin, de Filadelfia, que mantiene á diez mil obreros, ha vendido municiones por más de 700 millones y ahora se prepara á fabricar millón y medio de fusiles para Rusia. Una Compañía eléctrica de Schenectady ha recibido encargos valorados en 525 millones. Los pedidos hechos á la famosa metalúrgica Bethlehem importan más de 800 millones. Pasa, en suma, de 50 millones de granadas de cañón la cantidad enviada por los Estados Unidos á Europa.

Y así, en la misma proporción fabulosa, han venido los buques procedentes de Nueva York y han cruzado el Pacífico, desde San Francisco á Vladivostok, cargados de automóviles, locomotoras, vagones, rieles, motores, cables, alambres, explosivos. Todo el oro, que dormía en los bancos europeos un sueño de apacible reposo, y que si no acertaba á curar el hambre y la miseria, servía de garantía al lujo aristocrático y á la dilapidación burocrática, se ha ido á enriquecer más aún á la plutocracia yanqui. ¿Quién, pues, sustenta la guerra? ¿Quién la mantiene como á un Molosch insaciable? ¿A qué, pues, esa expedición de turistas del pacifismo que vienen á repartir tarjetas postales en Europa?

Porque el horror de la guerra, más que en esa espantable tragedia de Grecia y en ese infierno de Gallipoli, que si lo hubiese padecido una

nían sobre el paisaje aquellos infantiles idilios de lindos amarillitos, pulimentan ahora los proyectiles con que los rusos, sembrando la muerte, han de reconquistar la ya perdida Polonia...

No preguntemos ya los candorosos pueblos que contemplamos la guerra con lágrimas en los ojos, oraciones en los labios y las manos puestas sobre el corazón en lugar de tenerlas en los codiciosos bolsillos, cuándo va á terminar esa indigna brutalidad de la guerra, sino cuándo va á concluir esa inicua y miserable explotación de la guerra. Digan lo que quieran todos los libros de Derecho internacional y todos los tratados, será lícito y legal que los pueblos neutrales vendan armas y municiones á los contendientes, pero es una cobarde iniquidad y es más cruel, más inhumano que la guerra misma.

Acaso, esta licitud es lo que contribuye más á mantener la posibilidad de las guerras entre las naciones; acaso, muchas de las guerras habidas en estos últimos tiempos han sido provocadas por estos industriales de la muerte, que necesitan no tener improductiva la enorme cantidad de costosa maquinaria que acumulan en estos días de angustia. Así, cuando la paz se firme, el día que no quede ya una moneda de oro en manos de un francés, un alemán, un inglés, un austriaco, un ruso, un italiano ni un turco—que para entonces parece ser que señalan los previsores el término de la contienda—, ¿qué harán los fabricantes yanquis con las factorías bélicas que han improvisado? Estas fundiciones de cañones que igualan ya á las de Krupp, estos arsenales donde se producen los submarinos por docenas, estas forjas que pueden armar de fusiles á un ejército en pocos días; estos talleres donde las granadas de cañón se funden por millares y los cartuchos de fusil por millones, ¿qué harán? ¿Para qué servirán? ¿No necesitarán una nueva guerra que las sustente?

Porque las gentes no ven que los Estados Unidos han podido llegar á prestar esta sangrienta contribución á la guerra europea, porque sus fabricantes venían teniendo una adecuada preparación, un hábil entrenamiento, como se dice ahora. Y este entrenamiento fué aquella dolorosa guerra de Cuba, que no hubiese durado cinco años mortales si una nación organizada no hubiera estado facilitando fusiles, balas y machetes á los que peleaban. Acaso, la revolución mexicana, tan cruel, tan sangrienta, tan prolongada no hubiese estallado, si hubiera surgido antes la guerra europea, del mismo modo

que apenas esta normalizó sus pedidos de elementos de guerra, los revolucionarios mexicanos se encontraron sin armas y faltos de municiones se redujeron á términos de concordia.

Hay, evidentemente, algo peor que el imperialismo y es el industrialismo. Más enemigo de la paz que un rey loco, es un fabricante que se dedica á producir armas de guerra y no puede venderlas sin que se maten unos millares ó unos millones de hombres. Así, pues, á esos viajantes de la paz que vienen á Europa á repartir tarjetas postales, como supremo recurso para que la guerra acabe, digámosles, que en los campos de Europa están, en efecto, desatadas las iras que matan y saben morir, pero que es allá, en las fábricas yanquis, donde el Demonio está forjando la guerra y trocando en malditas monedas de oro las vidas de millares de hombres que jamás poseyeron una de ellas, para saciar su hambre plenamente ó hacer felices á sus pequeñuelos con la alegría de unos juguetes...

DIONISIO PEREZ



MR. HENRY FORD  
Archimillonario norteamericano, organizador de la expedición de la Paz,  
que ha salido para Europa, á bordo del "Oscar II" FOTS. HUGELMANN

nación como España se la hubiera declarado nación moribunda, está en la inconsciencia ó en la maldad con que el obrero yanqui, al que nada importaban los asesinatos de Sarajevo ni el problema de Bosnia, el de Novibazar ó el de Albania, forja las balas que han de matar á sus hermanos europeos, llevados á la guerra á la fuerza, como se llevan las reses al matadero por una razón de necesidad pública.

Haciendo de nuevo Duguesclín, los Estados Unidos no han quitado ni puesto rey en Europa, pero han contribuido á prolongar la guerra haciendo con ello posible la política—acertada ó equivocada, eso ya se verá—de lord Kitchener: *ver y esperar*, que había de desangrar al Ejército alemán y desgastar á Alemania y á Austria. Pero ya han ganado bastante; ya han dado tiempo á que unos y otros contendientes dispongan de elementos propios para producir los medios de destrucción que necesitan; ya han encendido la codicia del Japón que también ha transformado en fábricas de municiones hasta sus talleres de abanicos... Las manos de hadas que compo-

LA ESFERA

# PAISAJES MADRILEÑOS



DIA DE NIEVE, cuadro de Andrés Cuervo



## Dietario sentimental

¡Otra vez el otoño! Bajo el gris fantasmal del cielo, el alma mía es un turbio cristal, y me pesa la vida como un fardo ancestral.

En las tardes de otoño de gris melancolía, en los muertos jardines, siento la mano fría de la Desnarigada, sobre la frente mía.

Vuelan las hojas mustias... Mi amor, quiero tenerte junto á mí; cuando cae una hoja de oro, inerte, ya está cerca la helada sandalia de la Muerte.

¡Otoño! Cae la lluvia, como gotas del llanto universal. ¿Te acuerdas del misterioso encanto, que tenía aquel rústico y humilde Camposanto?

Cementerio aldeano, de honda beatitud; cuatro cipreses velan en tan dulce quietud á un poeta muerto en plena gracia de juventud.

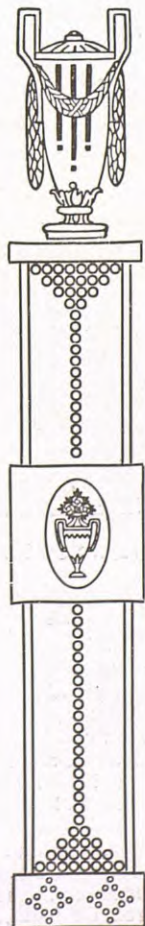
¡Otoño gris que evoca los amigos lejanos, que se van de la vida! ¿Qué dolores arcanos solloza en el otoño, la voz de los pianos?

Ese viejo piano que en las calles desiertas, nos evoca una virgen de blancas manos muertas que morirá en otoño, como las hojas yertas.

Amada, me dá miedo el Otoño... Si acaso suena un leve rumor, creo escuchar su paso, ó el crujir de su traje litúrgico de raso.

La Muerte, es una dama suntuosa y hierática, y envuelve su belleza misteriosa y dramática en la pompa litúrgica de una negra dalmática.

¡Otoño! Se oye el giro de las lúgubres ruelas



de las Parcas... El cielo es un turbio fanal, y mientras en los parques gimen las hojas secas, llora el cielo el eterno dolor universal.

ooo

Límpida tarde azul, rayito de oro del dulce sol de invierno, en las claras solanas y en los mustios jardines un suave renacer se sienten los viejos.

Hay niños en los parques y parejas de novios en el gris del sendero; un hábito de viejas primaveras cruza el cristal del alma como un florido espectro.

¡Sol de invierno que dora los cristales, que vierte una dorada lluvia, en los esqueletos de los árboles, mágico sol que todo lo viste de un amable oro viejo!

En las doradas tardes, hay una larga procesión de entierros, ataúdes siniestros y cajitas de armiño, como góndolas blancas que bogan hacia el cielo.

Y van cabeceando, como inquietantes barcas, hacia el sombrío puente del misterio, sobre el arroyo negro de aguas pútridas, los esquifes cargados de pálidos viajeros.

Tras de las hoscas noches y los días lluviosos atraviesan las calles, largas filas de entierros. ¡Parece que esta eterna carroña lamentable quiera gozar del oro del dulce sol de invierno!



NUESTRAS VISITAS

## LOS HERMANOS ALVAREZ QUINTERO



Los ilustres autores dramáticos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

A sí... ¡Muy bien!... ¡Un momento quietos! ¡Ya está!... No se muevan, que voy á repetir ésta; me gusta mucho la posición... A ver; usted, Serafín, haga el favor de mirar hacia aquí... á la máquina... y como si estuviese hablando con su hermano.

Obedeció Serafín, pero no sin antes hacer una observación en tono de chanza.

—Campúa, me parece un poco difícil estar hablando con Joaquín, teniendo la cara vuelta al lado contrario; pero en fin...

—No importa.

Y mientras que Pepe Campúa, con el hermoso entusiasmo del artista que ama su profesión, proseguía, incansable, haciendo placas y más

placas, yo curioseaba con la indiscreción propia del oficio, todos los detalles de aquel elegante y sencillo gabinete íntimo de los aplaudidos saineteros. Voy á decir algo que parecerá una exageración al lector; pero es cierto. Aquellas habitaciones estaban contagiadas de esa alegría plácida y simpática que reina en los patios andaluces... Por el amplio mirador que cae sobre la hermosa calle de Velázquez entraba un torrente de luz, tamizada por visillos y estores... En la semipenumbra del fondo, la alcoba, con dos camas inglesas, separadas por una mesita auxiliar de tocador sobre la cual estaban rociados los menesteres de plata... Adornando las repisas y las mesas del gabinete y pendiendo de

las paredes, retratos de las predilectas artistas y de los preferidos autores: la Pino, la Palou, la Suárez, la Guerrero, Echegaray, Galdós... Una juerga andaluza en miniatura alegraba un estantito de libros: la guitarra, las castañuelas, el flamenco sombrero sevillano, el chillón pañuelo de Manila, los zajones, las panzudas navajas, los *chatos* de Montilla, las sillas de enea...; todo diminuto, como de juguete. Una pequeña campana con la inscripción de *Malvaloca* recordaba uno de los mayores éxitos de los aplaudidos comediógrafos. Yo evoqué el cantar motivo de la obra:

«Merecía esa serrana  
que la fundieran de nuevo  
como funden las campanas.»

Serafín, al observar que examinaba la campana, me dijo:

—Nos la hicieron en la fundición donde estudiamos el ambiente de *Malvaloca*.

—¿Luego, según eso, las obras de ustedes son tomadas del natural?...

—En absoluto—afirmó Joaquín—. Difícilmente se encontrará en nuestro teatro un solo personaje que no haya sido arrancado de la realidad. Prosiguió Serafín:

—Para estudiar el ambiente de *Malvaloca* estuvimos conviviendo varias semanas en una fundición de la calle de Bécquer en Sevilla...

Siguió Joaquín:

—Y ese pugilato que hay en la obra, sobre cuáles campanas suenan mejor, era un recuerdo añejo, pero tangible, de nuestra niñez pasada en Utrera.

—Nosotros allí—abundó Serafín—nos hemos dado de coscorrones más de una vez con otros chicos de la escuela, por opinar que las campanas de nuestro barrio eran más sonoras que las del de ellos...

—Entonces, ¿ustedes nacieron en Utrera?...

—Sí, señor—contestó Serafín.

—Y usted en Montilla—afirmó Joaquín dirigiéndose a mí,—en la calle del Gran Capitán, en la misma casa y hasta en la misma habitación donde poco después nacía Carmencita Jiménez...

Quedé sorprendido; pero como era exacto, murmuré...

—En efecto... ¿Y cómo sabe usted eso?...

—¡Oh!, amigo mío—repuso sonriente—. Para que vea usted que se le siguen los pasos.

Yo, muy intrigado, medité un momento... ¿Carmencita Jiménez?... ¿Quién era Carmencita Jiménez?... ¡Ah, ya! Una preciosa dama que trabaja en el Español y que posee una gentileza regia y un abandono delicioso...

Y tras de este pequeño inciso proseguimos.

—¿Hasta qué edad vivieron ustedes en Utrera?...

—Hasta los siete u ocho años que nos trasladamos a Sevilla y allí hicimos nuestros estudios en el Instituto.

—¿La labor teatral la comenzaron ustedes en Sevilla ó en Madrid?...

Esta vez contestó Serafín.

—Antes de venir a Madrid estrenamos en Sevilla dos juguetes cómicos, *Esgrima y amor* y *Belén, 12, principal*.

—¿Con éxito?...

—¡Oh! Sí. Dos éxitos enormes—aseguró Serafín—. Claro que en los condiscípulos del Instituto tuvimos una *claque* espontánea que para ahora la quisiéramos.

—¿Y después de eso?—inquirí.

—Después—contestó Joaquín al mismo tiempo que se alisaba el pequeño bigote—nuestros padres creyeron conveniente trasladarse a Madrid y aquí comenzamos a luchar por la existencia.

—¿Según creo pasaron ustedes un calvario duro?...

—Mire usted—explicó Joaquín—, en lo que se refiere al calvario de los autores noveles se ha fantaseado mucho y sobre el nuestro más todavía. Nosotros, en efecto, pasamos un calvario de ocho años sumidos en la obscuridad y el anónimo; pero no porque no consiguiéramos estrenar, sino porque no acertábamos con nada que mereciera la pena y el público nos rechazaba.

Siguió Serafín:

—Proseguíamos por las rodadas del teatro de entonces; juguetes cómicos y piececillas y, como ese no era el género teatral que llevábamos dentro y en el cual todavía no nos habíamos manifestado, pues fracasamos un sinnúmero de veces.

Tomó la palabra Joaquín:

—Así, pues, que nuestro calvario no fue debido á los obstáculos que nos pusieran las empresas, sino á que nosotros caminábamos á ciegas y no hacíamos más que dar tropezones. Ya ve usted, á los seis meses de estar en Madrid, por una circunstancia fortuita, la cual siempre sale al paso de todo autor novel, estrenamos en Apolo la noche del beneficio de Mesejo, padre... Creo que no podíamos quejarnos... Y al año siguiente estrenamos en Lara.

—Y desde entonces—continuó Serafín—no se

pasaba un año sin que estrenáramos, á pesar de lo cual nuestro «calvario» proseguía y duró unos ocho años; el tiempo que tardamos en atisbar nuestro teatro y hacer la primera obra original, que fué *La buena sombra*.

—¿Y cómo se llamaba la primer obra que estrenaron ustedes en Apolo?...

Los dos hermanos contestaron al mismo tiempo:

—*Gilito*.

Joaquín quedó con la palabra:

—Un juguete cómico...—Hizo una pausa tras de la cual continuó—. A propósito de este estreno se me está ocurriendo una anécdota de desencanto que jamás se borra de nuestra imaginación. Como usted sabe, había costumbre por aquellos tiempos de anunciar los estrenos sin dar el nombre del autor; así que, nosotros, que estábamos rabiando por ver nuestros nombres en los carteles de Apolo, nos teníamos que resignar hasta el día siguiente del estreno en que se rompía el incógnito de los noveles autores. Figúrese usted nuestra impaciencia; teníamos la vida pendiente del anuncio de Apolo. Pues bien, se estrena *Gilito*; la obra ni gustó ni no gustó; pasó sin pena ni gloria, pero nosotros no dormimos aquella noche aguijoneados por la impaciencia de ver en los carteles del día siguiente nuestros nombres en letras de molde... ¡No era nada!... *Original de los señores don S. y J. Alvarez Quintero, música del maestro Osuna*. Tampoco al autor de la partitura le sabía mal la cosa. Mi hermano estaba malo; pero yo muy de mañana me eché á la calle y preso de esa emoción que sólo se experimenta á los diez y siete años, llegué hasta las carteleras de Apolo... Con una avidez loca me leí el cartel de arriba á abajo... Y cual no sería mi amarga sorpresa, amigo *Audaz*, cuando me encuentro con que decía: *Segunda representación del juguete cómico original de T. Alvarez, música del maestro Ortiz*. ¡Horrible!... Estaba equivocado todo. ¡Qué desilusión más estupenda!... Y lo más espantoso es que aquella noche daban por terminada la temporada y cerraban el teatro...



Los hermanos Alvarez Quintero cambiando impresiones en su gabinete de trabajo

FOTS. CAMPÚA

—Aquel error—comentó Serafín—fué un golpe mortal para nuestra vanidad.

—Y á pesar de las dificultades y los fracasos ustedes no se amilanaron.

—¡Quiá! No, señor; al contrario... Seguíamos escribiendo sin cesar y rociando obras por los teatros... Eramos una epidemia inevitable... Muy timiditos, pero muy tenaces, con nuestra última obra debajo del brazo no dejábamos vivir á ningún empresario.

—Nos temían—aseguró Serafín—. ¿Que no les gustaba la obra que le habíamos entregado? Nosotros por esta pequeñez ni nos molestábamos ni desistíamos; acatábamos sumisos el juicio del empresario; ahora bien, al recogerle la obra rechazada siempre cuidábamos de poner en sus manos otra que ya llevábamos á prevención. Y así durante ocho años... ¡Los hermanos Quintero eran el terror de los empresarios!...

Y Joaquín reía recordando esta etapa de su vida... Tras de esta risa, agregó:

—Advirtiéndole á usted que nosotros después hemos comprendido, ayudados por la experiencia de la vida y del teatro, que siempre los empresarios llevaron razón para rechazar aquellas obras, pues eran muy malas... Sólo una vez, á nuestro juicio, y al juicio posterior del público, se equivocó Flores García, que era entonces director de Lara... con *La Reja*.

—En medio de este desencanto nuestro—recordó Serafín—hubo un hombre que nos alentó siempre asegurándonos que el día que orientáramos con originalidad nuestro teatro seríamos autores...

—¿Quién fué?...  
—Ramos Carrión. Cuando estábamos ya casi vencidos y dispuestos a desistir de hacer teatro leyó una comedia nuestra y nos dijo: «No me gusta; pero no desmayen ustedes; tengo la seguridad de que si continúan escribiendo llegarán á triunfar».

—Y mientras tanto ¿de qué vivían ustedes?

—¡Qué se yo!... De milagro... Teníamos unos destinitos de 5.000 reales en Hacienda; pero como nuestra familia era numerosa, teníamos que recurrir á mil cosas para ayudarnos.

—Yo—dijo Serafín—hacía retratos al carbón. Todavía tropiezo por ahí con alguno y me sonrojo hasta las uñas.

—Y yo hacía caricaturas—agregó Joaquín.

—Y se estrena *La buena sombra*...

—Y en una hora—prosiguió Serafín—pasamos del anónimo al triunfo... Desde aquel momento nos pidieron obras de todos los teatros... Y nuestra timidez comenzó á desaparecer... Y los que antes nos calificaban de pelmas ahora decían: «Qué simpáticos y qué buenos son estos chicos; da gusto hablar con ellos» ¡Un encanto!... Y ya desde entonces, afirmados en el género que debíamos cultivar y que era nuevo en nuestro teatro, pues nadie lo había tocado, seguimos de éxito en éxito.

—¿Cuántas obras tenían ustedes escritas cuando acertaron con *La buena sombra*?

—Unas ciento—dijo Joaquín.

—¿Las han estrenado luego?...

—No—rechazó Serafín—. Ahí las tenemos en mi cajón convencidos de que ninguna valía nada.

—¿Cuál es la obra preferida por ustedes?

Los dos hermanos se miraron en consulta. Serafín fué el que despejó la indecisión...

—Es tan difícil contestar á eso... Pregúntele usted á un padre que tenga cien hijos cuál es el predilecto... Nosotros preferimos varias... *La buena sombra*, *El genio alegre*, *Malvaloca*... Con *La buena sombra* perdemos el pudor cuando la vemos representada... Nos reímos como nadie... No lo podemos remediar... El asunto nos hace mucha gracia... Mucha.

—¿Y cuál es la que más dinero ha producido?

—Eso, aunque usted no lo crea, no lo sabemos fijamente—dijo Serafín—. Debe ser *El genio alegre*... Esta y *Las flores* son las comedias nuestras que más mundo han corrido.

—De todas sus obras ¿cuál les costó más trabajo hacer?...

—Quizá *La rima eterna*... Y si se cuidan con cariño todas cuestan trabajo.

—Sí—arguyó Serafín;—con la notable diferencia de que Dios no tuvo modelos...

—Su hermano Pedro ¿toma parte en la colaboración?...

Joaquín apresuró la respuesta.  
—Pedro es ajeno á todos nuestros delitos literarios... Es el primer público de nuestras comedias; con él pulsamos los efectos y los chistes.  
—¿Cómo se dividen ustedes el trabajo? ¿Cuál hace la parte sentimental, y cuál la cómica?...

—Indistintamente... Estamos tan identificados Joaquín y yo, pensamos tan igual, y sentimos de tan análoga manera, que nuestra labor resulta como si fuera individual. Es exacta; no diferimos en nada.

—Hasta tal punto—abundó Joaquín—que hemos escrito separadamente muchísimos versos, y no habrá nadie capaz de decir que no fueron sentidos y coordinados por un mismo cerebro.

—Y ¿hacen ustedes una vida de identificación absoluta?...

—Completa—asintió Serafín—. No sabemos vivir de otra manera. Dormimos en la misma habitación, como usted vé, nos levantamos á la misma hora y permanecemos todo el día juntos. Jamás tenemos un secreto el uno para el otro...

—¿Cuál es el que lleva la pluma durante la colaboración?...

—Yo—exclamó Serafín;—Joaquín no hace más que firmar...

—No sé escribir—agregó Joaquín sonriendo.

—¿Se emocionan ustedes los días de estreno?

—Mucho. Joaquín más que yo. ¿Y quién no?... Mientras más cuidada va una obra, mayor es el miedo... si hay afición.

—¿Cuánto dinero les lleva producido el teatro?...

—Hace pocos días lo vimos en una estadística del Montepío: Un millón trescientas mil pesetas... No es mucho si esa cantidad la divide usted entre dos. Cualquiera traductor de operetas, habrá cobrado más...

—¿Qué preparan ahora?

—Lo más próximo, *La boca que no miente*, que se estrenará en Febrero en el Español. Después el arreglo de la obra de Galdós, *Mariana*.

—Y á María Palou, al Infanta Isabel, ¿no piensan ustedes llevarle ninguna comedia?...

—pregunté intencionadísimo.

—Hombre, ¡qué cosas tiene usted!—comentó Joaquín sonriendo, y Serafín:

—Sí; queremos hacerle una comedia á María Palou; porque para nuestro gusto, es una de las mejores actrices españolas...

—Una última pregunta. ¿Qué opinan ustedes de la crítica teatral?...

—¿Sabe usted que se deja usted caer con unas preguntitas superiores? Sin rebelarnos jamás contra la crítica, opinamos que se hace muy á la ligera y que los críticos de ahora, sienten poco amor por su profesión... Esto es todo...

Hacia una tarde espléndida... Los dos hermanos se calaron sus flexibles idénticos, sus paños iguales... y á la calle...

Ya están complacidas mis amables lectoras, que me demandaban con epístolas livianamente perfumadas, esta charla con los hermanos Quintero.

EL CABALLERO AUDAZ



Serafín y Joaquín Alvarez Quintero en uno de sus paseos por el Retiro

FOTS. CAMPÚA

—¿A qué horas laboran ustedes?...

—Por la mañana—repuso Joaquín.

—La mañana—continuó Serafín—siempre la dedicamos á nuestra labor literaria, bien consultando libros y leyendo, bien escribiendo. Claro que como siempre vamos juntos de continuo estamos laborando y dándole vueltas á los argumentos y á los personajes...

—Nosotros—expresó Joaquín con sincera vehemencia—disfrutamos mucho escribiendo...; amamos nuestra profesión; nuestras obras, nuestros personajes, componen un mundo que nosotros movemos á nuestro antojo... Que este señor que al principio de la obra lo creímos útil ahora nos estorba, pues ¡duro con él!... le proponamos una pulmonía... Que esta mujer es muy simpática; pues nada; ahora hacemos su suerte casándola con este otro que tiene mucho dinero; y así sucesivamente... Es muy hermoso crear... Se siente uno Dios...



LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS  
LA CALLE DEL DIVINO PASTOR

CONVENGAMOS en que todas aquellas tradiciones y leyendas que deben su existencia á la fantasía popular, se distinguen por su sencillez piadosa, y al mismo tiempo por la noble ejemplaridad que de ellas emana como perfume sentimental del corazón del pueblo.

No hay que buscar en ellas las exquisiteces artísticas de la complicada inteligencia de escritores y poetas, sino el infantil balbuceo de un sentimiento de virtud en el espíritu conservado.

El pueblo, el sano é ingenuo pueblo necesita fortificar las energías de su alma con ejemplos que le hablen constantemente del triunfo de los buenos sobre los malos.

¡Necesitamos los pobres tantos estímulos exteriores para resistir los agobios y pesadumbres de una vida tormentosa y agobiada constantemente por la definitiva victoria de los ineptos y los malvados!...

Al conocimiento de la debilidad para luchar en un mundo hostil, seguirá el fatalismo y á éste la superstición. Veremos en todo símbolos múltiples y avisos misteriosos y providenciales de algo superior á nuestra pobre naturaleza...

La vida tiene estas complicaciones y estos consuelos. Y aun parece que no somos tan pobres cuando podemos acogernos al divino asilo de una esperanza, de una creencia ó de una ilusión...

Reinaba Felipe III. D. Luis Carrillo, ministro de este rey de la decadencia, poseía en el lugar que luego había de ser conocido con el nombre que estas líneas encabeza, una preciosa quinta en cuya puerta un artífice desconocido había pintado la imagen del Divino Pastor, que según costumbre de la época estaba alumbrada por dos farolillos.

Las luces de éstos servían al viandante de auxiliar y guía en sus excursiones nocturnas para orientarse en la lobreguez de la noche negra y misteriosa...

En una de aquellas sirvieron para realizar un señalado milagro en la persona de una joven inexperta y enamorada. Tratábase de la hija del pintor Gregorio Ferro, que seducida por uno de aquellos galanes de la corte del Rey Felipe, abandonó su casa paterna para seguirle ciega adonde la condujera...

El día de la fuga habíala retratado el padre que, algo viejo ya, viudo y enfermo, adoraba á su hija con aquella adoración infinita con que



los que han sufrido mucho quieren á los seres que creen ellos verdaderamente fieles y verdaderamente amigos... Una breve carta escrita con mano convulsa contenía la despedida de la hija mal aconsejada...

Lloró el padre con lágrimas del corazón su deshonra y su abandono y necesitando en aquellos instantes de angustia el consuelo de la religión fué al convento de la Encarnación, arrojándose á los pies de la priora, que después de orar un momento díjole:

—Espero, buen Gregorio, que tu hija no se ha perdido. Pronto habrás de hallarla más virtuosa aún que cuando huyó de tu lado...

De vuelta al domicilio el pobre pintor, esperó que las palabras de la priora tuvieran confirmación. Y pasaron las horas. El milagro tardaba en realizarse...

Mientras tanto la muchacha había acudido al lugar de la cita. Pero ¡oh desencanto! el amante no había ido todavía. Aguardó impaciente. Y

cuando el tiempo al transcurrir le hizo conocer que había sido víctima de una burla, el despecho y el amor propio contrariado y herido, le inspiraron una sangrienta resolución: pensó en morir...

Acordóse de una noria profunda que en la quinta de Don Luis Carrillo había y allá encaminó sus indecisos pasos en busca de la única redención que creía posible: en busca de la muerte.

Iba la muchacha por aquellos parajes medrosos y deshabitados, como encartador y blanco fantasma de nieve y luz. Cuando llegaba á la huerta descubrió la imagen del Pastor Divino y oyó una voz que parecía venir de la altura diciéndola: —¿Dónde vas, desventurada?...

Quiso continuar; pero la voz volvió á escucharse dulce y misericordiosa...

Sin alientos para proseguir cayó de rodillas. Y el llanto contenido tras mil esfuerzos, volvió á salir de sus ojos, mezclándose á los suspiros de su atribulado pecho, la oración que salía del fondo de su alma impetrando la divina gracia.

Los corpulentos alanos de la huerta ladraban con roncacos, despertando á la mujer que cuidaba de la quinta. Conducida por los perros fué al lugar donde la joven, arrodillada, rezaba. Y ante aquella escena sencilla y conmovedora, ella, mujer piadosa y creyente, se enterneció y cayendo al lado de aquella cautiva de un amor desventurado, rezó con ella... Contó su historia á la mujer de la quinta, la

hija del desesperado pintor. Y cuando la Santa Hermandad, que por allí patrullaba, atraída por los ladridos de los perros, llegó al lugar del suceso, la joven arrepentida y purificada estaba en la cabaña de la huerta, consolada por su compañera que también había tenido amores y también había sufrido; pero que había vivido lo suficiente para saber que todo era humo en la vida humana.

Sin un grito, sin un reproche recibió el padre á la fugitiva hija que no tardó en hacerse religiosa y buscar en un convento el asilo manso que la libraría de las asechanzas mundanas...

En cuanto á la quinta de Luis Carrillo, fué quemada por los nobles en noche de revuelta y agitación. Cinco días estuvo ardiendo; pero de las llamas de aquel incendio y de las cenizas que de la huerta quedaron, surgió la leyenda de la calle del Divino Pastor, como Ave Fénix de consolación y piedad...

DIBUJO DE ECHEA

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

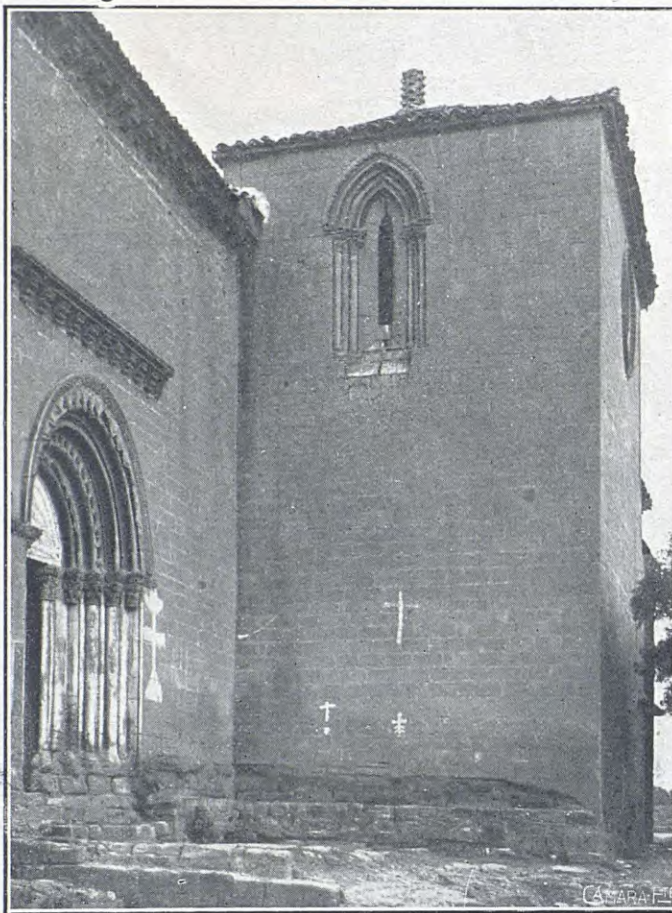
DEL TESORO ARTÍSTICO ESPAÑOL  
**LA IGLESIA DE SAN MIGUEL DE FOCES**

Al Excmo. Sr. D. Miguel Moya

Pocos monumentos habrá tan típicos en nuestra patria como el templo de San Miguel de Foces, enclavado en un solitario paraje, á corta distancia del lugar de Ibeica, en la provincia de Huesca.

Aparte las pinturas murales que lo adornan arquitectónicamente considerado es un ejemplar notabilísimo. Su planta está muy bien estudiada; la fábrica es esbelta y muy bella, y todo delata la mano expertísima de un arquitecto sobresaliente. Y lo que hace á esta construcción más merecedora de estudio, es la lucha allí patente de un arte ya en el ocaso de su existencia, con otro incipiente, nuevo y con arrestos, allá al mediar el siglo XIII. Eran el estilo románico y el ojival; el primero pugnaba por mostrarse todavía con el esplendor de recientes tiempos, en un arranque de altivez, y el segundo por imponerse á aquel con la fuerza de la juventud y de los nuevos principios. Ninguno de los dos pudo vencer; y ante lo infructuoso de la contienda, acabaron por darse un estrecho abrazo de fraternidad, decidiendo convivir en aquel monumento.

No otro, por lo visto, fué el propósito del experto artista, esto es, mostrar la fusión de ambos estilos, en una época que por ello se ha denominado de transición; pero fusión armónica, verdaderamente admirable, que hace resaltar con mucha ventaja al templo de San Miguel de Foces entre los de su tiempo. Por eso he dicho antes que podía ser presentado como prototipo. Y en verdad que el anónimo arquitecto consiguió su objeto, complaciéndose en mostrar la in-

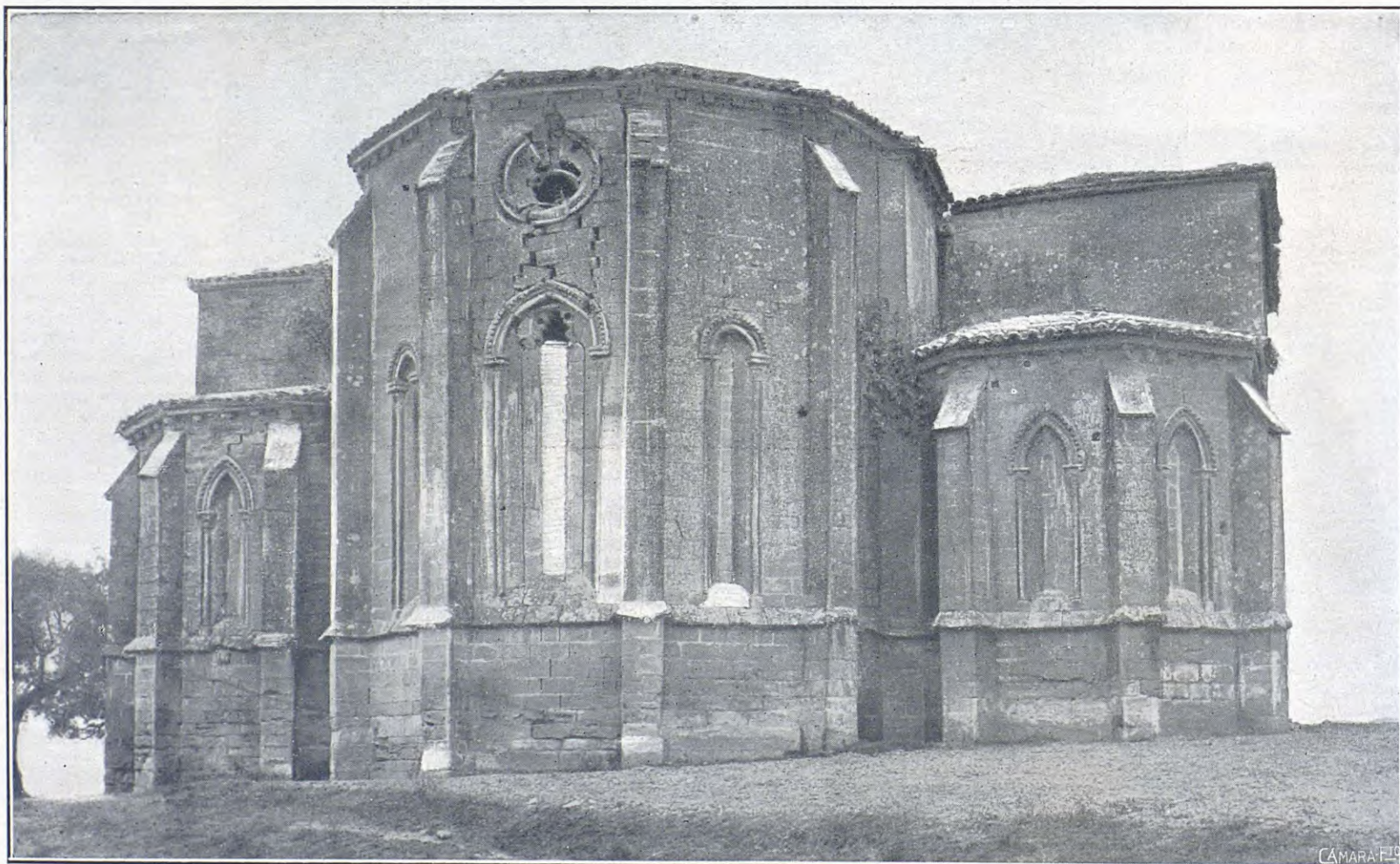


Portada y brazo derecho del crucero del templo

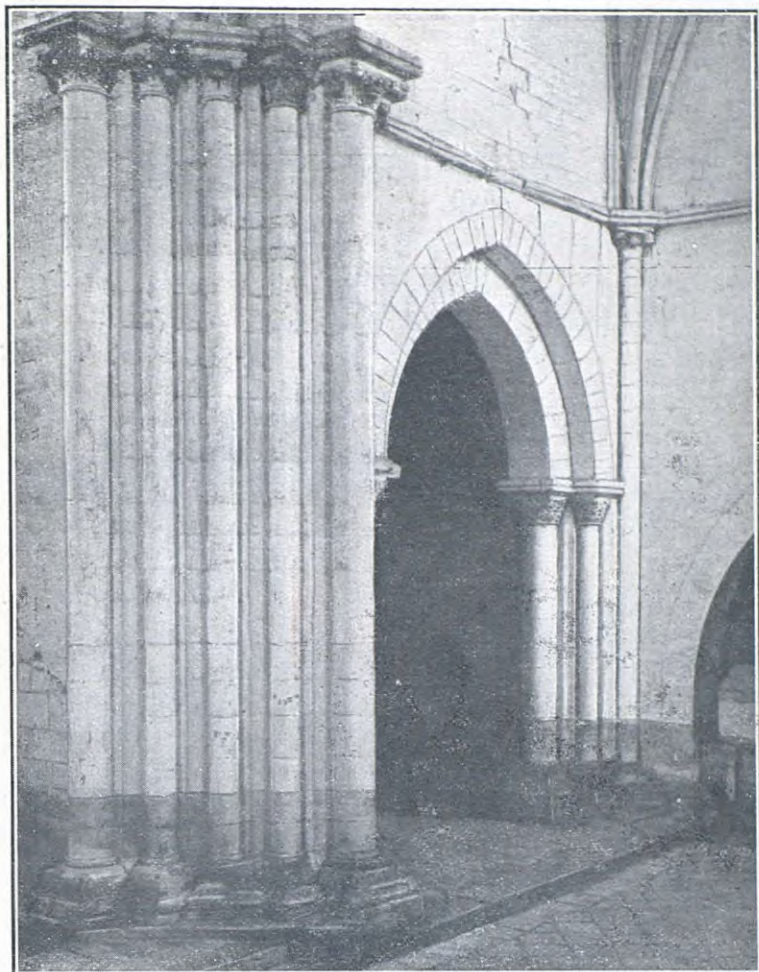
dicada hermandad hasta en los pequeños detalles. Y sin embargo de lo antedicho, esta joya arquitectónica es poco conocida. ¡Tantas hay en España en su caso! Y es que en nuestra patria, todo lo que no sea las catedrales, algunas fortalezas y un par de docenas más de monumentos, hace abrir desmesuradamente los ojos, en gesto de extrañeza, á quien se le habla de restos artísticos distintos de los consagrados. ¿Pero alega esto que no sean valiosos? En modo alguno. Lo que sucede, por ejemplo, es que las excursiones artísticas no son lo completas que se debiera, y en cuanto aquellas no se pueden verificar con cierta comodidad, se prescinde (salvo excepciones) de determinadas visitas, alegando «que no merece la pena».

Repito, pues, que al templo de San Miguel de Foces no se le conoce, así, en sentido amplio. Yo, desde que vi aquella fábrica por vez primera, he intentado realzar su valor indiscutible.

Además del mérito alegado, tiene la iglesia que nos ocupa, en su venerable vetustez, el de haber sido fundada por un personaje de relieve en la historia medioeval aragonesa: D. Ximeno ó Jimeno de Foces. Familia fué la de este apellido, de las más nobles y poderosas de Aragón: una de las que ostentaron el preciado título de ricahombria de naturaleza. Basta abrir los *Anales* del incomparable cronista Zurita, para encontrar registrados en sus páginas, con harta frecuencia, nombres de la familia Foces, ligados á altas empresas, ya figurando en Cortes, ya sirviendo á los Reyes como dignatarios, ya ayudando á estos en sus conquistas. Los más antiguos los he hallado en escrituras y do-



Absides de la iglesia de San Miguel de Foces



Una vista del crucero



Puerta principal

FOTS. M. SUPERVIA

cumentos del siglo XII. En los primeros años del siguiente debió nacer Jimeno de Foces, hijo de Atón, mayordomo de D. Jaime el Conquistador. En 1236 ya aparece asistiendo á las Cortes que aquel rey tuvo en Monzón. A la vida de este célebre monarca aragonés está estrechamente ligada la del personaje que nos ocupa, lo mismo que la de su hijo Atón de Foces. Fué Lugarteniente y Procurador real en el reino de Valencia, y aun prestamista á la Corona.

En el año 1259 fundó D. Jimeno la iglesia de San Miguel en su villa de Foces. En el mes de Julio se acababa de construir y enseguida la cedió á la Orden de San Juan de Jerusalén, juntamente con la villa y el castillo de Foces y otros heredamientos, que usufructuaron un Comendador y trece frailes presbiteros sanjuanistas que allí se establecieron hasta el primer tercio del siglo XIV. Ya en documento de la época se califica este templo de obra «preciosa y pulquérrima», y en verdad que lo es, echándose de ver que D. Jimeno quiso dedicarlo á panteón de la familia. Persuaden de esto los seis grandes nichos, de arcosolio ojival, que hay practicados en el espeso muro, cuatro en el crucero y dos en la nave; estando sepultados en las sencillas urnas, sobre columnas típicamente románicas, del brazo derecho del crucero, el fundador y su hijo Atón, y enfrente, tal vez, otros Ximenos y Atón de Foces, que vivieron hacia 1322 y de los que se conservan noticias.

La planta de este bello monumento tiene la forma de cruz latina, de líneas armónicas y proporcionadas. La puerta de ingreso es de gusto románico y consta de cuatro arcos semicirculares, decorados con dientes de sierra y festones. Una linda franja encierra las archivoltas. Los capiteles son de forma corintia degenerada, pero excelentemente ornamentados. El dintel y el tímpano están labrados. Es portada semejante á la de Salas en Huesca y á la de Anzano, no lejos de la ciudad.

Tres bellísimos ábsides poligonales hay en el lado Este, el central más elevado que los laterales, con ventanales de arco muy apuntado en estos, casi semicircular en aquel, y columnillas.

En el muro Oeste hay otra portada románica, medio oculta por un postizo caserón.

La bóveda de la nave descansa en sencillos arcos ojivales que arrancan de unos canecillos; las del crucero tienen nervaduras puramente ojivales, desenvolviéndose este estilo con admirable gallardía en las capillas absidiales. La del

centro alcanza doble altura que las laterales y sus columnas son delgadas, terminando en pequeños capiteles ornados de follaje, con finas cornisas de las que parten los nervios ojivos. Pocos templos, repito, podrán presentar una reunión de estilos tan armónica y de efecto tan agradable, apreciándose mejor este concierto en el interior de las capillas. Allí los límites del románico y del ojival se muestran claramente.

En aquellas hay curiosas mesas de altar, del siglo XIII.

Si el continente es admirable, no lo es menos el contenido, merced, principalmente, á las hermosas pinturas murales que adornan los nichos de la nave de crucero, propias de los comienzos de la centuria décimocuarta, primorosamente ejecutadas y en excelente estado de conservación. En el enterramiento de Atón de Foces está representada la Crucifixión, en el tímpano,

con una inscripción que denota la fecha de la muerte de aquel caballero (19 de Septiembre de 1302); en el intradós del arco completan la decoración policromada dos ángeles y dos santos. La decoración del sepulcro que hay al lado (correspondiente á Jimeno de Foces) es superior á la anterior y la forman la Crucifixión, los Apóstoles, la gloria del Señor y varios Santos. El sepulcro que hay enfrente, manifiesta restos de pintura mural (hay que advertir que la iglesia ha sido blanqueada, en mala hora), y encima han aparecido recientemente (haciendo saltar la cascarrilla) otros fragmentos, como figuras, un escudo con las armas de los Foces, y algo de leyenda, todo ello de un subido valor. La capa de cal oculta todavía más pinturas, pues aparte de que se adivinan por las sombras, Carderera vió decorado todo el crucero con pasajes de la vida de la Virgen. La labor de resucitar esta obra sería vital para la historia de nuestro Arte pictórico.

Por el mérito de esta iglesia, propuse á la Comisión de Monumentos solicitara la declaración de monumento nacional, para que de este modo se atendiera á su conservación; y en el expediente necesario, la más alta Corporación artística de la Nación, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, ha emitido informe favorable que se ha publicado en su Boletín, y el reputado arqueólogo D. Enrique Serrano Fatigati declara que «tiene tal importancia esta hermosa fábrica, que es acreedora, en primer término, á que se la declare Monumento nacional». Pero mientras llegaba esta de claración, y como la ruina del ábside central apremiaba, me dirigí desde *El Diario de Huesca* á D. Miguel Moya, ilustre diputado á Cortes por aquel distrito.

Y Moya, que ha conquistado con obras el nuevo y honroso título de «protector del Arte altoaragonés», ha conseguido recientemente del Ministerio de Gracia y Justicia una subvención para atender á las reparaciones más urgentes en el templo.

Por todo lo expuesto y por lo que á mí toca, nada más justo y honroso que ofrendarle las presentes líneas en testimonio de gratitud, que también le han manifestado la Comisión provincial de Monumentos, el pueblo de Ibieca y la Sociedad cultural «Amigos de Aragón», que desde el primer momento se adhirió á mi iniciativa y á mi ruego.

RICARDO DEL ARCO



Sepulcro de D. Ximeno de Foces, fundador del templo, exornado con valiosas pinturas murales

DE LA ALEGRE BOHEMIA  
**EL SEDUCTOR**



Después de *Punto-Negro*, la más atortunada de mis novelas de la «primera época», es *El Seductor*. Escrita en cartas, su argumento y juvenil estilo interesaron, apasionaron; de ella, en poco más de trece años, muchos millares de ejemplares se han vendido.

Como la gran mayoría de los libros, *El Seductor* tiene «una historia».

Una de las tiples entonces más en boga era Isabel Brú. Durante varias temporadas su arrogante hermosura valenciana triunfó sobre el escenario de Apolo; era alta, gruesa, picante, con magníficos ojos meridionales llenos de simpatía y dientes pequeñísimos y blancos como los azahares de su tierra. ¿Os acordáis de *La Revoltosa*, de *El puño de Rosas*, de *El santo de la Isidra*?... ¡Noches memorables! Cuando la Brú aparecía, desde las primeras filas de butacas al paraíso corría un estremecimiento sensual.

Nadie, de consiguiente, extrañará que cierto estudiante extremeño recién llegado a Madrid, y al cual mi amigo Joaquín Segura servía de ayo ó mentor á través de los bastidores de la pecadora vida cortesana, se enamorase perdidamente de Isabel Brú, á la que declaró su cariño en una dulcísima misiva cuyo borrador compuso Segura. Esta ambiciosa epístola quedó sin respuesta,

mas ello no evitó que el deshambriado de amor continuase transcribiendo con igual fin otras muchas cartas que su «director», por prurito literario ó por servicial y complaciente amistad, continuó dictándole. Sucediáanse los meses y ni la adorada mostraba curiosidad de conocer al autor de tantas páginas respetuosas y encendidas ni por nada éste se hubiera atrevido á descubrirse. Al cabo, desalentado, el tímido cortejador renunció al asedio. Lo más peregrino del caso es que Joaquín Segura, en fuerza de celebrar los méritos de la artista, su discreción, su hermosura y, sobre todo, su gracia plebeya y bravía, llegó á enamorarse también de Isabel Brú.

Pero ésta—como diría Rudyard Kipling—«es otra historia»...

La fábula del hombre feo que ayuda con las luces de su avisadísimo ingenio y de su experiencia á un tonto hermoso, tentó, de diversos modos, á Goethe y á Rostand; es el argumento de *Fausto* y de *Cyrano*. Teófilo Gautier compuso algo semejante en la más deliciosa de sus novelas. Pero el lance precitado ofrece una novedad evidente, pues se trataba de interesar á una mujer y con palabras ir ganando su corazón hasta rendírselo, y, transida de amor, llevarla á los brazos de un galán nunca visto. Me-

fistófeles, aliado á la gentileza de Fausto, derrota el recato de Margarita, como el verbo de Bergerac, cantando musical entre los labios de Cristián, roba á Roxana un beso. Mientras aquí era el alma—sólo el alma—la que aspiraba á vencer, Isabel Brú no conocía á su adorador, que podía ser tuerto, desnarigado, canijo y jiboso...

Este incidente, no obstante, se habría perdido en el inmenso vertedero de lo olvidado sin una carta que recibí poco tiempo después. Su autor, tras de celebrar bondadoso mi agudeza y pericia en cuestiones de psicología femenina, sometía á mi consideración el siguiente problema:

El adoraba en una mujer de quien, á su vez, había recibido pruebas inconcusas de amor. Ella, sin embargo, le burlaba, y no por interés, más por curiosidad y ligereza de corazón; lo cual es casi incomprensible, pues amar á un hombre es preferirle á los otros, y si se le prefiere, ¿cómo simultáneamente se le pospone?

Lo peor de esta consulta no era que mi comunicante, ingenua y bondadosamente, me permitiese leer *aperto libro* en su corazón, sino la solución, el desenlace que exigía de mí.

«¿Qué hago?—concluía—¿Me suicido ó la mato, ó mato á mis rivales?...»

Esta carta, ejecutoria de un carácter fantasea-

dor y arrebatado, trajo á mi memoria el recuerdo de aquellos amores, casi místicos, que Joaquín Segura dedicó á Isabel Brú y de los cuales me habló tantas veces. Ambas historias se unieron, se aliaron para interesarme y decidirme á la acción.

¿Por qué no contestar á mi correspondiente?

Cada novelista dispone de un cierto número de lectores que, por afinidades morales, sienten y discurren como él. Tal compenetración alcanza extremos increíbles. El autor que empezó deleitando llega á vivir íntimamente en el ánimo de sus devotos. Nadie, á juicio de éstos, se emociona ni se expresa mejor, ni bucea más hondo en las pasiones. En virtud de un fenómeno que pudiera creerse telepático, aquel hombre representativo escribe siempre lo que sus admiradores hubiesen querido decir y, según ellos, precisamente, lo hubieran dicho; imposible concluir una fusión más absoluta ni más arcana, y así no hay hipérbole en afirmar que cada novelista ó cada dramaturgo es la voz ó la mano que, día por día, traduce la vida de una colectividad. Por ésto el novelista se halla, en cierto modo, obligado á responder á cuantas consultas le dirigen sus adeptos; porque esas personas que le siguen y admiran, son las más vecinas de su corazón, y por lo mismo nadie en mejores condiciones que él para orientarlas y aliviarlas de sus dolores. Un novelista es como un médico, como un médico de almas, y en este sentido, su misión más se parece á la del sacerdote que á la del cirujano.

Con este criterio escribí á mi consultante, explicándole que, si bien mi deseo de complacerle era grande, no podía resolver terminantemente y de sopetón sus dudas, pues era el suyo asunto de tal riesgo que de su resolución dependía, cuando menos, el porvenir de tres personas. Yo, para aventurarme por tan difíciles caminos, debía conocer circunstancialmente el temperamento, profesión y costumbres de mi cliente y de la mujer que amaba, y, sobre todo, el carácter de ella, su edad, educación, estado, clase social á que pertenecía, antecedentes de familia y otros muchos pormenores y detalles que así merecen interesar al médico como al psicólogo. Aún exigí una descripción minuciosa de la amada: necesitaba saber el color de sus ojos y de sus cabellos, su estatura, el metal de su voz, su carácter, sus aficiones predilectas...

De esta carta nació *El Seductor*, cuya primera edición aparecía en Mayo de 1902. ¡Y qué lejos me hallaba yo de sospechar que, mientras yo escribía mi libro en Madrid, una mujer «vivía» su acción en París, casi completamente!... Porque así es. El diario *Le Matin*, en su número correspondiente al 9 de Agosto de 1904—esta fijación de fechas me parece oportuna—, publicaba un artículo sin firma acerca de cierta Madame Verlaine—prima del gran poeta—, que durante muchos años ejerció, como un apostolado, el oficio de memorialista. Las cartas amorosas, esas terribles cartas líricas que leemos temblándonos las manos, fueron su especialidad; las escribía, y sus clientes después las copiaban y daban como suyas;

de este modo sostuvo relaciones intelectuales, catorce años consecutivos, con un hombre á quien no conocía. Trabajó mucho. Finalmente, agradecida de sus servicios, la duquesa de Uzis la señaló una pensión...

La historia de esa Mme. Verlaine, unida á la realidad de los episodios que suavemente habían ido dictándose y vertiendo gota á gota en mi espíritu el argumento de *El Seductor*, prueban que esta novela—contra la opinión de algunos críticos—es un libro veraz, vinculado fuertemente á las más románticas y nobles aspiraciones del alma; libro de poeta, pero también libro «de carne y hueso», cuya fábula principal vivieron y volverán á vivir millares de personas.

Por eso nada más, y no es poco, porque es humano—ya que no por literarios méritos—, *El Seductor* ha interesado y suscitado entusiasmos vehementes como fanatismos.

Una mañana recibí en mi casa la visita de un joven simpático y elegantemente vestido. Recuerdo su apellido: Guimerá. Aquel hombre hallábase en un momento indescribible de excitación y de sobresalto. Apenas me saludó; tenía las manos yertas y los labios secos, trémulos y blancos.

—Desearía conversar con usted á solas un rato—me dijo suplicante—; perdone usted; se ventila algo muy urgente para mí.

Me levanté y cerré las puertas.

—Puede usted hablar sin temor ninguno—repuse.

—¿No nos oirá nadie?

—Nadie. Tranquilícese usted. Descanse usted.

El pobre mozo se ahogaba; la emoción se le había anudado á la garganta como un dogal y no le dejaba echar las palabras del cuerpo. Pro-

curó inútilmente fumar; el nervioso temblor de sus manos era tal que los cigarrillos se le rompían entre los dedos. Para serenarse dejaba escapar á intervalos hondos y entrecortados suspiros; daba pena...

Al fin, aunque tartamudeando, se explicó:

—Estoy enamorado de una mujer; ella, al principio, correspondió á mi afecto; luego, se cansó de mí. Su ingratitud me vuelve loco, y muchas veces he pensado darme un tiro. El deseo de salvarme me trae aquí; usted es mi única, mi última esperanza. Yo he leído *El Seductor*; yo quiero que sea usted para mí lo que en su novela fué «Don Plácido Bilbao» para aquel «Vizconde de San Bartolomé»... ¡Usted sólo puede devolverme esa mujer!...

Era una escena violenta y arística; una escena «de teatro». Mi primer ademán, no obstante, fué de negación y defensa; la perspectiva de escribir mi novela «otra vez» me aterraba. Pero Guimerá, ya desentumecido al calor de sus propias palabras, continuó enumerándome sus dolores y la confianza, la ciega fe, que tenía en mi ayuda.

Cedí. En puridad de verdad—bueno es decirlo todo—esta complacencia mía no era altruismo solamente; á mi filantropía, una ilusión egoísta y canallesca se mezclaba: la esperanza de interesar á la mujer á quien iba á escribir—según en la novela sucede—y de ganarla para mí algún día. ¡Si fuesen visibles las ideas!...

Emocionadísimo Guimerá me abrazó y ratificó su agradecimiento imperecedero, empleando para ello mil frases elocuentes y amables. Al marcharse, con el gesto discreto del enfermo que paga una consulta, dejó sobre mi mesa de trabajo un duro. Yo fui á indignarme pero me detuve. ¿Para qué protestar? Todo aquello tenía gracia. Además, me hacía falta el duro...

Durante varias semanas, casi todos los días Guimerá continuó visitándome.

Cambiábamos impresiones, discutíamos. El mostrábase animadísimo.

—¿Ha recibido usted carta de ella?—era mi primera pregunta.

—No; todavía no—respondía.

Luego, aterrado ante la idea de quedarse solo otra vez:

—No se canse usted; yo estoy cierto de que al cabo saldremos triunfantes.

Fortificados por este hermoso optimismo, yo le entregaba otra carta y él me daba otro duro.

De pronto desapareció. Yo ignoraba su domicilio y nada pude hacer para verle. Queriendo tranquilizarme, pensé:

«Se habrá muerto».

Esta reflexión, impregnada de cachaza y de filosofía serenó mis dudas. Meses después dijeron los periódicos que en un pueblecito de las inmediaciones de Valencia—Guimerá era valenciano—un individuo de ese apellido se había suicidado.

Yo estoy en que era él...

Es una anécdota que envuelve para mí cierta ironía, pues demuestra que en la realidad las pasiones se doblegan y manejan con bastante menos facilidad que en los libros.

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE ESPÍ



EL SEPULCRO DE UN TESORO

## LA RIA DE VIGO



Panorama de Vigo y su ría, desde el Castillo de San Sebastián

No hace mucho tiempo dieron los periódicos la noticia de que en una exploración hecha en el fondo de la anchurosa ría de Vigo, los buzos encargados de aquel peligroso trabajo, habían descubierto algunos restos de los galeones que cargados de barras de oro y plata hundiéronse en aquellas aguas hace doscientos catorce años, á su regreso de América.

Esta breve noticia trae á la memoria el hecho glorioso de que fué teatro la hermosa ría en el año 1702, reinando en España Felipe V.

Regresaba del Sur de América una escuadra franco-española, compuesta por cuarenta navíos, que tenía la misión de custodiar algunos galeones, cuyo cargamento consistía en numerosas barras de oro y plata. Huyendo de un fuerte temporal, buscaron refugio los barcos en el puerto de Vigo, anclando en la ensenada donde actualmente se encuentra el lazareto de San Simón.

Una escuadra holandesa que navegaba por aquellos mares, compuesta por doscientos navíos, noticiosa del rico tesoro que conducían los galeones, propúsose apoderarse de él, y rompiendo la cadena tendida entre los castillos de Rande y de Corneiro, atacó furiosamente á nuestros barcos.

El conde de Chateau-Renaud, jefe de la armada francesa, y el general Velasco,

que mandaba las fuerzas españolas, defendiéronse heroicamente, pero considerando inútil una lucha tan desigual en elementos de guerra como la que representaban los cuarenta barcos de que disponían contra los doscientos del enemigo, acordaron, después de una contienda desesperada y verdaderamente heroica, echar á pique los galeones y volar los navíos á fin de hacer infructuoso el triunfo de los holandeses.

La heroica determinación causó gran contrariedad en el enemigo, que en la reñida y es-

téril lucha había perdido más de mil hombres, y para vengarse de aquel fracaso decidió desembarcar, asolando la comarca.

Dada la profundidad de la ría y los escasos medios de que entonces podía disponerse, fué en vano intentar la salvación de la preciosa carga que conducían los galeones, y que sepultada en el fondo de las aguas había de perderse para «in eternum».

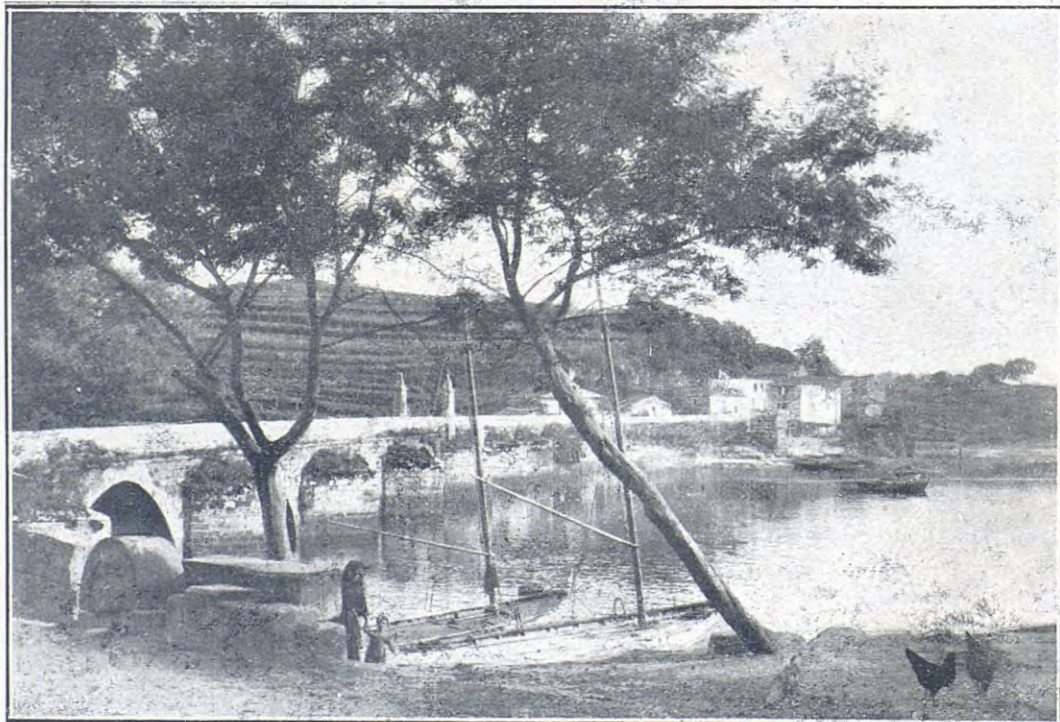
No es fácil que al cabo de doscientos catorce años fuera posible hallar entre los restos informes de los galeones hundidos el rico tesoro

que condujeran y que seguramente arrastrarían las corrientes sabe Dios donde.

Otros hechos interesantes evoca la contemplación de aquellas tranquilas aguas de la extensa ría, que constituye uno de los mejores refugios para los barcos de guerra y mercantes, no solamente por estar defendida por los cercanos montes, sino también por su profundidad, que alcanza en la embocadura cuarenta metros y veintiseis en el estrecho de Rande.

A principios del pasado siglo estuvieron en aquel puerto las escuadras franco-españolas, mandadas por Villeneuve y Gravinga, poco antes del terrible combate de Trafalgar, que tanta gloria proporcionó al invicto jefe de los navíos españoles.

Pero la página más brillante que registra



Paisaje de la desembocadura del río Verdugo, en la ría de Vigo

la crónica de la ciudad de Vigo es la de la reconquista en 1809.

Dueñas de la ciudad las tropas francesas, los bravos guerrilleros que organizaran el abad Valladares y el alcalde del Frago D. Cayetano de Límia, mandados por el capitán D. Pablo Morillo, general y conde de Cartagena más tarde, pusieron sitio á la plaza y con tal denuedo lanzáronse al asalto, que lograron rendirla después de obstinada y sangrienta lucha, firmándose la capitulación el 28 de Marzo de 1809.

Ante los bravos campesinos trocados en formidables guerreros tuvieron que humillarse las aguerridas tropas francesas, que al mando del general Charlot desfilaron ante los vencedores en número de mil doscientos trece soldados con cuarenta y seis oficiales.

Con este glorioso hecho inició Vigo la reconquista de Galicia, de la que fué otra brillante página escrita por sus moradores la batalla de Puente Sampayo, en la que las bisonas tropas gallegas, mandadas por D. Manuel Carrera, derrotaron á las huestes que mandaba el famoso mariscal Ney.

Vigo es la más moderna de las ciudades de Galicia y su rápido desarrollo débese á su situación geográfica, excepcionalmente favorable á las operaciones comerciales marítimas con las Antillas y el Sur de América, y á su magnífica bahía, que no supera ninguna otra de Europa.

También ha contribuido á su rápido desarrollo

la fertilidad de sus tierras, que le proporcionan excelente y copiosa producción agrícola.

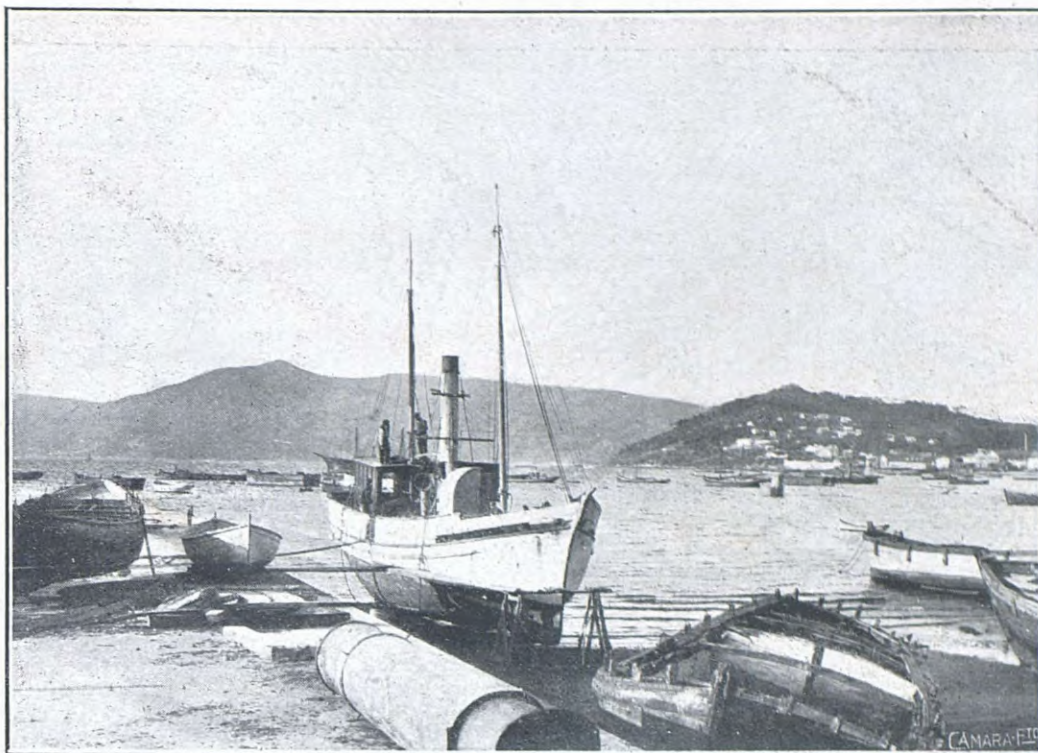
La abundancia de la pesca ha permitido establecer en gran escala la industria de salazón, cuya importancia se comprende apuntando el dato de que existen más de treinta fábricas dedicadas á la especialidad de la sardina.

La vigente Ley de Puertos clasifica al de Vigo entre los de interés general y entre los de primer orden, y en lo que respecta á relaciones intercontinentales y al comercio en general, es el centro más importante de España. El almirantazgo inglés declaró á Vigo estación naval para

arrancaban las murallas que defendían antiguamente la población y que hace años fueron derribadas, sin que de ellas quede más resto que el paredón que forma baluarte por el lado del mar.

El paisaje que rodea á Vigo es de una sorprendente belleza. De un lado una campiña feraz, de suaves y pintorescos accidentes, de cuyo verdor destacan numerosas quintas y chalets con sus floridos parques; de otro el lago inmenso de la ría, cuyas aguas serenas y apacibles constituyen tan excelente abrigo para los grandes barcos que frecuentemente la surcan.

JUAN BALAGUER



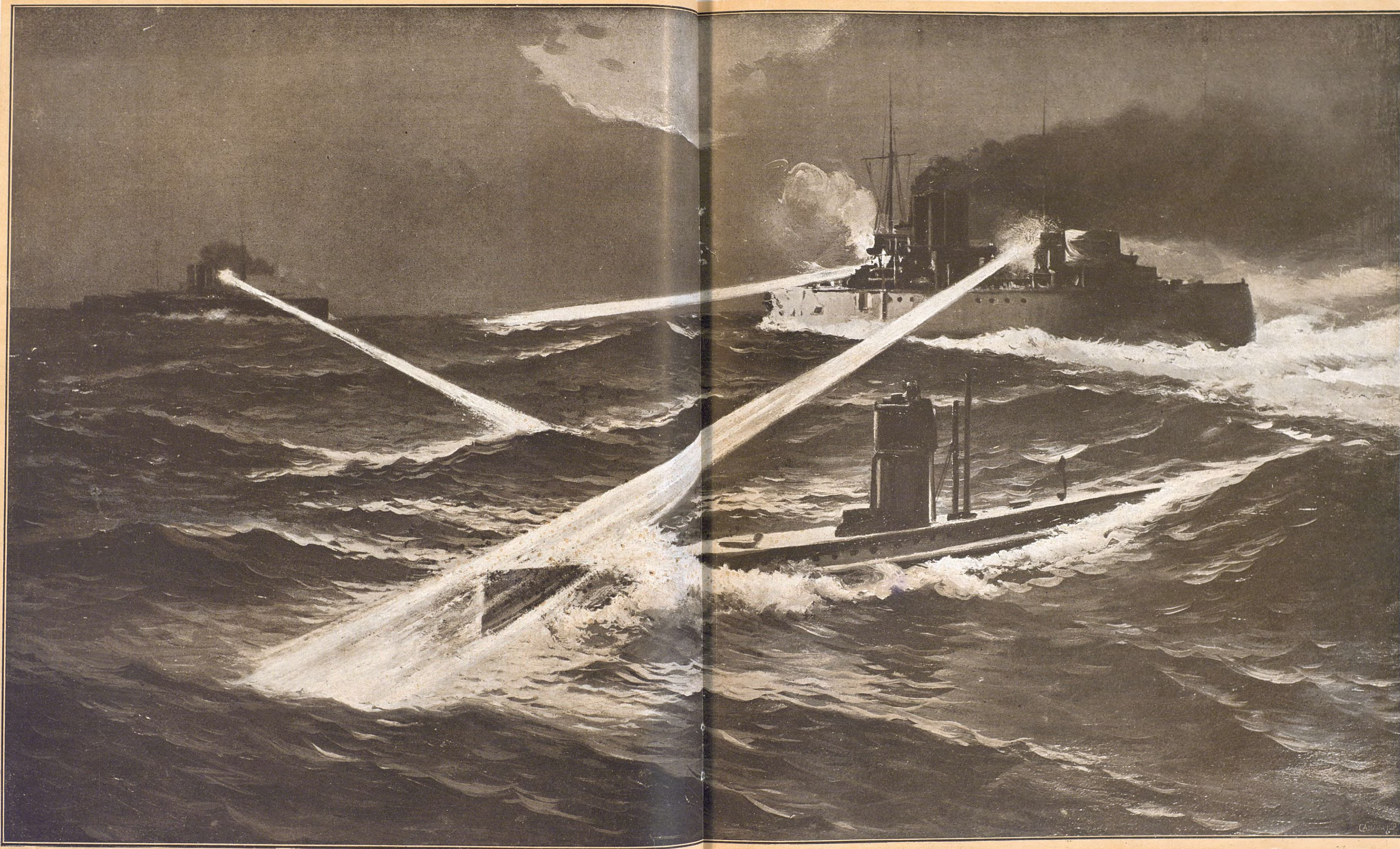
Un aspecto de la ría de Vigo



Pintoresco panorama de la ría de Vigo, viéndose al fondo el lazareto de San Simón

FOTS. A. BONILLA

# LA GUERRA EN EL MAR



UN SUBMARINO ALEMAN DESCUBIERTO EN UNA ARRIESGADA MANIOBRA POR LOS REFLECTORES DE DOS ACORAZADOS INGLESSES, DURANTE UNA EXPLORACIÓN POR EL MAR BÁLTICO

Dibujo de R. Verdugo Landi





## No todo lo dan las escuelas

Es el Albaicín, un arrequive de Granada con las casas muy feas, las flores muy vivas y la gracia muy honda. Ajenas de la gitanería, tiene allí catedráticos más grandes que don Andrés Manjón y Academos que explican las cosas á su modo y gramáticos de lengua parda, con más sutilezas y algarabías que las que empleaban sus mayores para engañar á los cristianos que no eran chalanés; tíos de abierta sorna, y de honorable contumacia, capaces de poner verde á la luna de pura bilis y de encender al astro del día en la santa indignación de sus manchas. Un gitanazo *granaíno* se quedaría con el sol si le viera quieto un instante, así como el gitanuelo chavalillo sería capaz de engañar á una fiadora, que es lo menos confiado de cuanto existe; el gitano viejo, como el león cansado permanece grave sobre sus garras, dejando ver en el trabajoso parpadeo la línea blanca y burlona de sus retinas, liando el cigarro entre sus dedos que á fuerza de arrugas parecen contruídos con leña vieja, dejando resbalar por sus labios costrosos el blanco humor de su saliva y dando arre al pollino y vergajazos á las palabras que salen trabajosas y con ceceo y allí, sobre el pedrusco ó sentado en el taburete ó respirando el aire puro de Sierra Elvira, se le ocurre cosa tras cosa y sentencia tras de epigrama y donaire tras

denuesto, observando el bulle bulle de los *chorreles* que parecen esbozos en bronce, de un absurdo Pigmalión y hablan como Sénecas en camisa ó corren los asnos posaderas con grupa, seríotes ya como el gitano viejo y tan coscones y tan hábiles como él.

Una de esas malas costumbres adquiridas por la humanidad, hace que los hombres encuentren su camisa antes que su ingenio, pero los gitanos que son raza aparte se ponen su ingenio antes de nacer y así andan desde que echan pie al mundo, tan majos y decentes. No se sabe qué sal de picardía tienen esas hembras de rodeo bajo, caderas en vaivén más furioso que el de un bote en resaca y faralares y sayas femeninas que por lo anchas, parecen ir sueltas en un milagro de andadura y por lo largas semejan ser más femeninas que las que suelen atacarse á la cintura del pudor, pero algo hay de grande y hasta de divino en ellas, cuando regalan á la tribu de la gente del trato esos críos que traen á la vida la mayor santidad por venir á ella tocados con la centella de la gracia y el rayo de la imaginación; un gitanillo, es una sátira suelta; es un donaire que anda á zancos y también un prócer, cuando va con traje de gala, faja de colorín, pantalón con culera floja y cinturón! la larga y angosta y ancho sombrero y luenga y flexible

vara. Observad su fisonomía y encontraréis el encanto de la infantilidad; pero cuando queráis acariciarle, se os rebelará el hombrecito avinagrado, porque su instinto le dice que la caricia es algo humillante ya sea como concesión momentánea de ternura, ya como una merced de la piedad, ya movimiento de afecto impulsivo. El está seguro de que al hombre, hecho para luchar, únicamente le cae bien el sarcasmo burlón; para el gitanuelo, el hombre que no pertenece á lo *suyo* es sencillamente un enemigo que ha crecido más que él y á quien hay precisión de engañar *para que vea*; también como el gitanón arrumbado, tiene centelleo de azabache en los ojos y palabras que saben poner carne de ilusión en los sobre huesos de las bestias y brillo de rasol en los esparavanes; pero no todos son igual, que también de las madrecitas cañís nacen *geres* patosos y hueros, á quienes habría que colgar un epigramilla de este jaez:

A ese esmirriao, que procura  
su desmayo sostener,  
se le cayó la asaura  
y no la quiso coger  
por no doblar la cintura.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

FOT. CASTELLÁ

BELLOS RINCONES  
DEL MADRID VIEJO

LA PLAZA DE LA PAJA



Vista de la plaza de la Paja, como actualmente se encuentra

FOT. SALAZAR

El alma limpia del siglo xvi, enseñoreáse en los ámbitos desta vieja plazuela á la margen de la *Morería* y de las calles próceres de entonces.

Al fondo, tiene la vieja parroquia de San Andrés, que fué panteón de San Isidro del Campo, porque diz que á la que asentó en aquel mismo lugar en tiempos de su vida, tenía el devoto mozo particular afición.

En estas noches de Enero que triunfa la luna en lo alto con todo su poder, tiene este solitario rincón, el verdadero encanto que solía, y yó que no he menester mucho para trocar las cosas á medida de mi locura ancestral, miro tan olvidado espacio en toda su antigua grandeza y alto prestigio.

Aun paréceme que esta sombra que veo á la

mano diestra, conforme subo la costanilla, la proyecta el casón donde albergábanse los Católicos Reyes cuando venían á Madrid, y que de allí mismo salía un propio con aquella famosa carta de la reina Doña Juana, en la que le dice al rey su padre que:

... «la juzgan sin seso, cuando si está desesperada no es sino de celos...»

Fué este mismo lugar teatro insigne de aquella memorable hazaña en que el Cardenal Cisneros, hubo de mostrar á los descontentos y ambiciosos nobles (que en todas edades hubo pollizas del Estado) los firmes poderes con que gobernaba.

Y aun veo, viniendo más para estos días en que vivimos, como el noble solar de los Lasso de Castilla, cuna de tanta grandeza, florón de tanta hidalguía, viene á menos y antes de derrumbarse, como por arte de magia, múdase en *Posada nueva de la Paja y de Isidra*, y en los aposentos y salones donde hubo monarcas, almirantes y adelantados, danzan, bullen y alborotan, arrieros de la Mancha, pañeros de Béjar, huertanos de Murcia y pajeros de Getafe.

Aquí tuvieron sus mansiones, aquel portento de la oratoria Ruy Gonzalez de Clavijo, y esotra fama de la sabiduría de entonces, Licenciado Vargas, de tan profundo saber, que su apellido ilustre quedó grabado en la fantasía popular, como un adagio, y allá lo aplica cuando trata de hacer inquisición de cosas difíciles.

Yo pienso cuan notables mercados habrían de celebrarse al abrigo de aquellas gradas venerables de la Iglesia, en los que los mejores frutos de las huertas de Carabanchel, Alcalá y Aravaca, tendrían su trono.

Sin duda, que por aquí mismo cruzó con su asnillo cargado de pan caliente, aquella excelsa dama Doña Violante, que por un cuidado de amor se fingió panadera vallecana, y floreció luego en el soberano ingenio de Tirso de Molina.

ooo

Toda la plaza, en fin, está llena del siglo xvi, y aunque mucho ha sido transformada durante la postrera centuria, que no más que le queda que la iglesia y la vecindad de algunas calles, con las que no se atrevió la piqueta demoledora y enemiga de la tradición, aún palpita en su am-

biente el hábito de todas aquellas almas que supieron darle grandeza y prosapia.

En los domingos y fiestas de guardar, todavía paréceme que honran aquellas gradillas los mantos de humo y rebocillos de las damas devotas, las gorgueras y recogidos sombreros de los hidalgos que las acompañan, por devoción también, cuando no por amor solamente; y en las tardes cuando ya Febo comienza á guiñar los ojos como quien tiene sueño, cual brujas que acuden á su aquelarre, bajan renqueando unas cuantas dueñas barbudas y gibosas como alcayatas, con las picudas narices hincadas en el solar de los pechos y las cruces de los luengos rosarios santificándoles los piés...

DIEGO SAN JOSÉ



Plazuela de la Paja, ó de San Andrés, en el siglo pasado



Casas de Lasso de Castilla, situadas en la plaza de la Paja, que han desaparecido



GRACIAS MODERNAS

## LAS VÍRGENES LOCAS

Los llamados «cronistas de sociedad» protestan, con razón, de que toda la «sociedad» madrileña se vaya reduciendo á las fiestas baratas y democráticas, de unos cuantos hoteles públicos.

En cambio, la llamada «juventud galante»—hijos, yernos, sobrinos y demás parientes de gente rica, empleadillos ambiciosos, literatos y artistas para quienes el «hall» de un gran hotel es algo así como el paraíso de Mahoma—están encantados de pensar que «el gran mundo», con sus lujos, sus aventuras y sus influencias, viene fatalmente hacia ellos, como los ríos á la mar.

Estas «fiestas de hotel», mal traducidas (como los figurines, las novelas y las comedias), contribuyen á la propagación en Madrid del tipo parisiense que dió á Marcelo Prevost tantos disgustos y acabó por tenerlo en cama mucho tiempo, curándose de dos balazos que una intrépida «demi-vinge» le disparó al salir de un baile.

No por gazmoñería patriótica, sino por fisiología de costumbres, podemos ufanarnos de que á pesar de los pesares y de los hoteles, la traducción española de la «demi-vinge» francesa alcanza pocos ejemplares. De una parte, está muy mal hecha y de otra la psicología del lector hispano se presta poco al éxito de librería; primero porque los que saben el francés prefieren leerla en el idioma original y segundo, porque los que lo ignoran, prefieren al hotel lujoso el café modesto y al trato de la «demi-vinge» el de la señorita avispada ó el de la modistilla desenvuelta.

Pero aun cuando el ambiente, las costumbres y hasta el espíritu nacional no sean muy propicios á las «demi-vinges» ó «vírgenes locas»—que es hora ya de darles nombre español—no se puede negar que, de poco tiempo á esta parte, y muy especialmente desde que comenzó la guerra, algunas familias de la aristocracia sin dinero y bastantes de la burguesía con él—juntamente con ese pequeño mundo galante, aventurero y cosmopolita que habla chapurrado, bebe whisky, fuma «khedives» y diserta, con ocasión de una cupletista, sobre Praxiteles y Aspasia, son, en estas fiestas de hotel, proveedoras efectivas de «vírgenes locas».

Todavía debemos registrar una sección aparte formada por muchachas de la clase media pobre—aspirantes á cupletistas, modistillas, etc.—las cuales deslumbradas por el te-tango, por los tziganos, por el lujo de las señoras, por el altivo empaque de los galanes, caen «versos sueltos», plumas al aire, alondras desvanecidas, sobre las floreadas alfombras. —«La mujer—ha dicho Luciano—es como la alondra; se va hacia todo lo que brilla.»

Luego, toda la rumorosa dinastía de las Jossite, de las Miquette, de las «Petites Chocolatières» que, traducidas casi siempre mal, inundaron los escenarios españoles con su extravagante elegancia y su «chic» cínico, han ido poco á poco, haciendo adaptaciones particulares de la moral, ni más ni menos que un jesuita casuístico de los que combatió Pascal en sus «Provinciales».

Luego, todas las líras báquicas, jóvenes ó propectas—desde un Horacio de Trijueque hasta un Anacreonte de Peralejo—han cantado incesantemente estas «saturnales» y «floralias» de á seis pesetas (incluyendo los vinos), con aquello de que la vida es un soplo, de que este mundo es un fandango, de que «la cuestión es pasar el rato», etc., etc.

Y he aquí cómo estas muchachitas atolondradas, estas «vírgenes locas», no viven ya mas que para el te-tango, para el ensueño frívolo, sensual y ambicioso. Y he aquí cómo podemos verlas, vivas, gráciles é insinuantes copias de un dibujo del «París qui chante» ó del «Fantasio», con su peinado en melenitas, sus tufos «apaches», sus ojos ojerosos y pintados, su falda corta y sus botinas blancas y perversas.

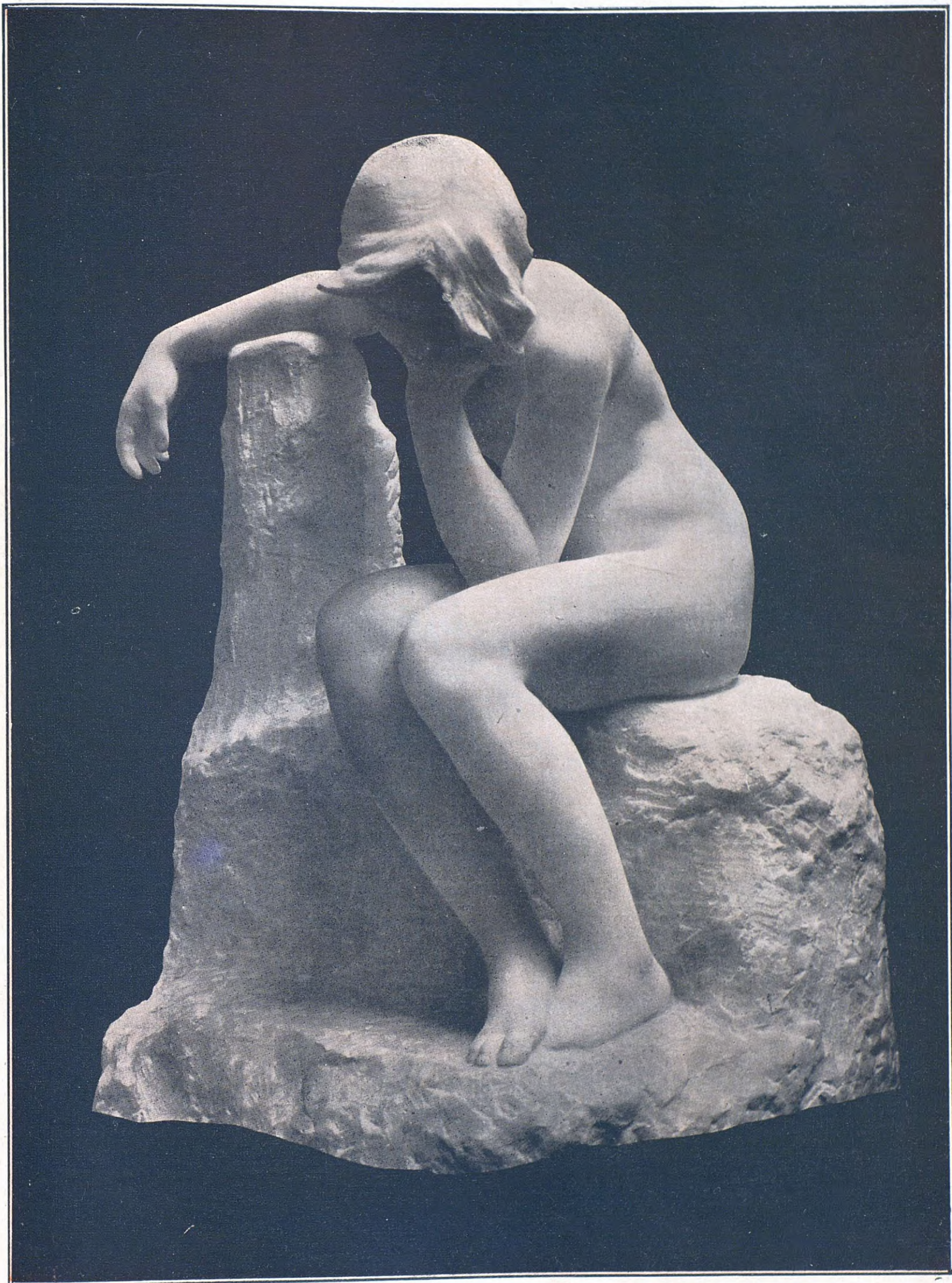
Pero podemos verlas, copias que asombran por su identidad, más aun que en el traje y el tocado, en la roedora angustia de dinero—«de la galette, mon vieux cheri»—en los amargos soliloquios de una espera desesperada en las inconfesables desazones de una vida que si es «el ruiseñor humano», de Musset, es también «la piel de zapa», de Balzac...

¡Pobres y encantadoras sacrificadas al más imbécil de los cultos! Hasta la nobleza del llanto es, en vuestros pintados ojos, algo tan trágico como un churrete...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE J. PALAU

ESCULTURAS ESPAÑOLAS



PENSATIVA, escultura original del ilustre artista catalán José Limona

FOT. SERRA

EL ARTE CATALÁN CONTEMPORÁNEO  
**JOSÉ LLIMONA**



JUVENTUD, escultura de José Llimona



El escultor Llimona trabajando en su estudio

**G**LORIOSAMENTE ardían los cobres del véspero al otro lado de los ventanales. Se asomaban al cristal sus cadmios ígneos é iban á encalidecer las venus y á prestar róseas transparencias ultraterrenas á las vírgenes. Calma, serenidad, quietismo estático en el taller. Rebullio de ciudad, prometida ya del verano en la espléndida tarde de Junio, al otro lado de nosotros, sin más defensa que una puerta á la que se llega por estrecho patinillo de puntiagudos guijos.

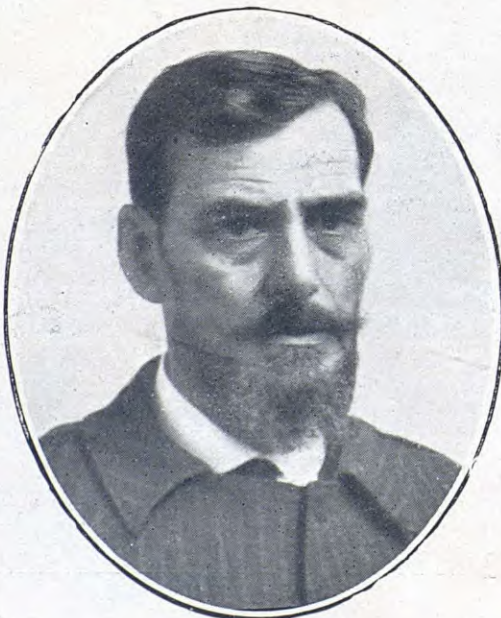
Y mientras tanto, erguido entre sus estatuas, el escultor habla. Tiene una voz opaca, como rota, pero estremecida y dolorosa. Es persuasiva y da la sensación de algo austero é inquebrantable.

José Llimona, el escultor de esta voz que nos sugiere el silencio fraternal, es como había de ser, hablando como habla y esculpiendo como esculpe. Alto, muy alto; flaco, muy flaco. Con las manos, con el rostro de asceta, y en aquéllas y en éste, ademanes y gestos ascéticos. Cuando sus manos ponen sobre la marmórea desnudez de las venus, frágiles como niñas, las líneas móviles y sarmentosas de los dedos, no hay la menor idea sensual. Como si de ciego fueran acariciando la luz invisible. Cuando sus pupilas miran las imágenes religiosas que nacieron de su cincel y de su martillo ya unguidas de fervor, adquieren un extravío de iluminado, de desarraigado de la vida...

Y entonces os explicais cómo este hombre de las barbas rojas, de las sandalias, el fundador de una academia de puro esteticismo y misticismo puro—«San Lúcas»—es el autor de tantas bellísimas mujeres castamente desnudas, de tantas vírgenes plenas de humildad divina y cómo supo dar al monumento del doctor Robert todo el espíritu, severo y sencillo á un tiempo mismo, de la verdadera raza catalana.

No se llega tan fácilmente á la cordialidad de

José Llimona. Va por la vida con esa desconfianza de los tímidos que sufrieron mucho. Tan lleno de exaltación está el sagrario de su corazón, que le dolería como un ultraje la indiferencia ajena. Y esta sombra que—como una niebla dulcificadora de la crudeza de los mármoles demasiado nuevos—enturbia actualmente su alma, le es querida como un don del cielo y sólo cuando adivina en el que le escucha hermanadas la admiración al artista y la amistad al hombre, deia escapar la alondra herida de su corazón.



El ilustre escultor José Llimona FOTS. SERRA

Por eso aquella tarde lenta de Junio, cuando al otro lado de los ventanales la ciudad encendida con la agonía del sol, preparaba las alegres fogatas sanjuaneras, la voz opaca, rota, mojada de lágrimas del escultor Llimona, evocó á la amada hija muerta.

Se enfriaba la luz de los cristales. Perdían sus rosadas transparencias las venus y las vírgenes y adquirían, en cambio, rasgando aquí y allá las sombras cada vez más densas, hieratismo de figuras tumbales... Al momentáneo paganismo con que el sol las auriencendió, sustituía las místicas blancuras de las estatuas inmóviles, adivinadas entre los cipreses, bajo la silenciosa é impalpable nevada de la luna.

—Dispense —murmuró Llimona— encenderemos.

Y dando vuelta al conmutador se iluminó el taller con esa luz agresiva, inhospitalaria, indiferente, de los arcos voltaicos.

—¡Oh! No; apague... Apague...

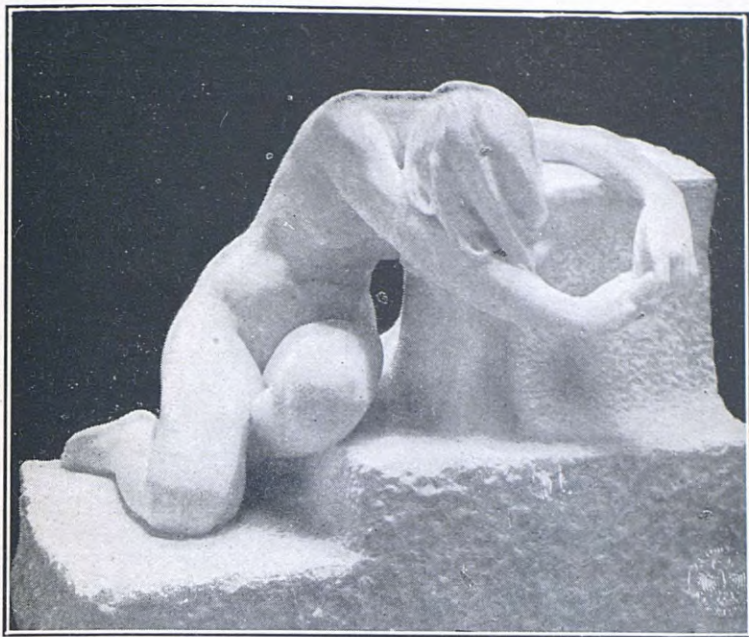
—Gracias. Yo también todas las noches, al venir á encerrarme con mis estatuas y con el cuerido recuerdo, enciendo primero y apago en seguida y quedo con las manos cruzadas y el corazón palpitante...

Y apagó la luz y seguía hablando en la penumbra, de su arte y de su vida...

ooo

José Llimona es el escultor catalán á quien más ha sonreído el triunfo. Posee todos los premios que puede obtener un artista contemporáneo, y además, los ha merecido. Este caso no es corriente. Como tampoco es que hablen de él con idénticos respeto y admiración los artistas de su época y los jóvenes arbitrarios, rebeldes de hoy.

Nació en Barcelona el año 1864. Desde muy niño empezó á dibujar y á modelar. Cuando su hermano Juan empezaba á estudiar la carrera de



DESCONSUELO



LA COMUNIÓN

Esculturas de José Llimona

arquitecto, él era un formidable dibujante de batallas y de caballos. La guerra carlista sugería á su vivaz imaginación de niño de trece años, cuadros bélicos.

El padre de los dos futuros artistas le alentó á que siguiera la carrera de escultor y José Llimona entró en el estudio de Novas, un artista mediocre, pero que le enseñó los rudimentos de su arte. Fué discípulo de Novas dos años, y cuando cumplía los diez y seis, en 1880, consiguió la plaza de pensionado en Roma.

Esta pensión, que hoy día no existe, se llamaba pensión Fortuny, y duraba el mismo tiempo y tenía la misma retribución que la oficial del Estado.

Como José Llimona era muy niño, le acompañó su hermano Juan, decidido á cambiar la arquitectura por la pintura. Terminado el período de la pensión, le concedieron un año de prórroga.

De cómo supo José Llimona aprovechar ese tiempo da cabal idea el que su envío de último año de pensionado, la estatua ecuestre de Ramón Berenguer, obtenía la primera medalla en la

Exposición Internacional de Barcelona el año 1888, á propuesta de artistas como Bouguereau y Bonnat.

En la Internacional de 1907, por unanimidad y á propuesta de los jurados de Bélgica, Italia é Inglaterra, obtienen sus estudios para el magnífico monumento al doctor Robert—que había de inaugurarse el año 1911—la más alta de las recompensas que puede conseguir en España un artista: la medalla de honor.

Cinco años antes, en 1902, pudo haber conseguido también una primera medalla en Madrid con el admirable grupo *La Comunión*—símbolo delicado, emocionado, de la igualdad humana ante Dios—si no le hubiera presentado fuera de concurso en la Exposición Nacional.

¿Por qué presentó esta obra fuera de concurso? Tal vez hallaríamos la explicación en su breve intervención diez años antes como Jurado de la Nacional de 1892. Un artista tan puro, tan noble de ideas y de sentimientos, sufrió terrible desengaño al ver la forma en que se piden y se solicitan las medallas en Madrid.

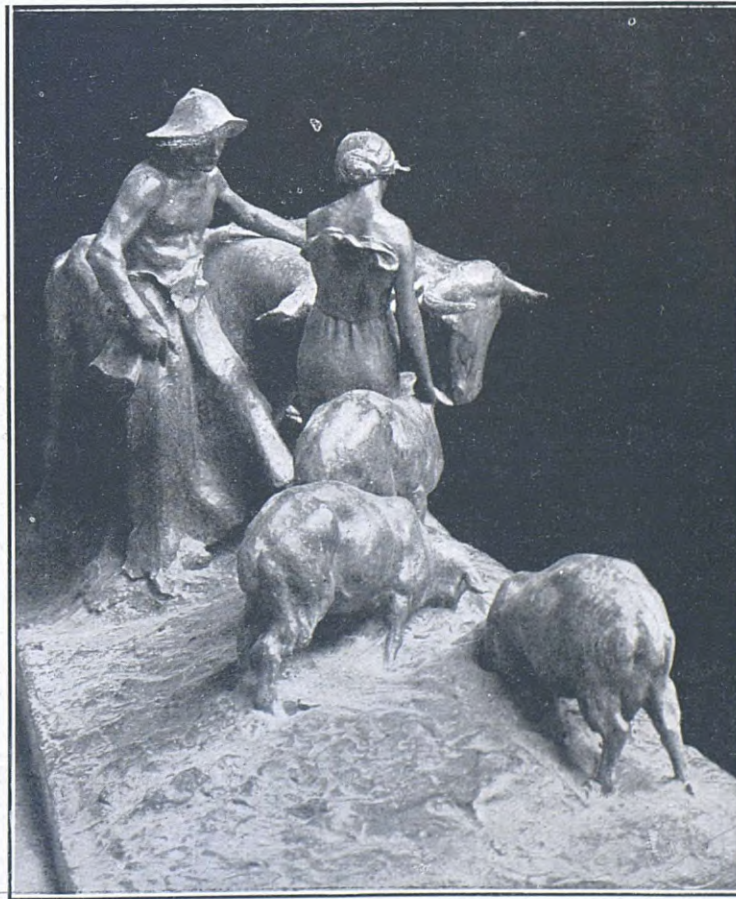
La inspiración de José Llimona se reparte entre las esculturas religiosas, monumental y el desnudo. Y lleva de tal modo su amor á la pura línea de los femeninos cuerpos que en los cementerios de Cataluña ha sido el primer escultor que prescindió de los ángeles como elementos decorativos de los monumentos funerarios y colocó, en cambio, figuras tan bellas, tan castamente sugeridoras, como *Desconsuelo*.

¿Qué dirán á esto los tartufos, enlodadas de concupiscencia sus ruines almas, que protestan cuando los semanarios españoles reproducen cuadros y esculturas de desnudo? ¿No se avergonzarán de su obscenidad mental, cuando vean este admirable ejemplo de uno de los más altos escultores de la España contemporánea, que siendo un católico ferviente, un artista á quien acuden congregaciones, comunidades y particulares, siempre que hayan de encarar asuntos religiosos, se acerca tembloroso de emoción á lo más puro, á lo más fundamental del arte: al desnudo femenino?

SILVIO LAGO



PURÍSIMA



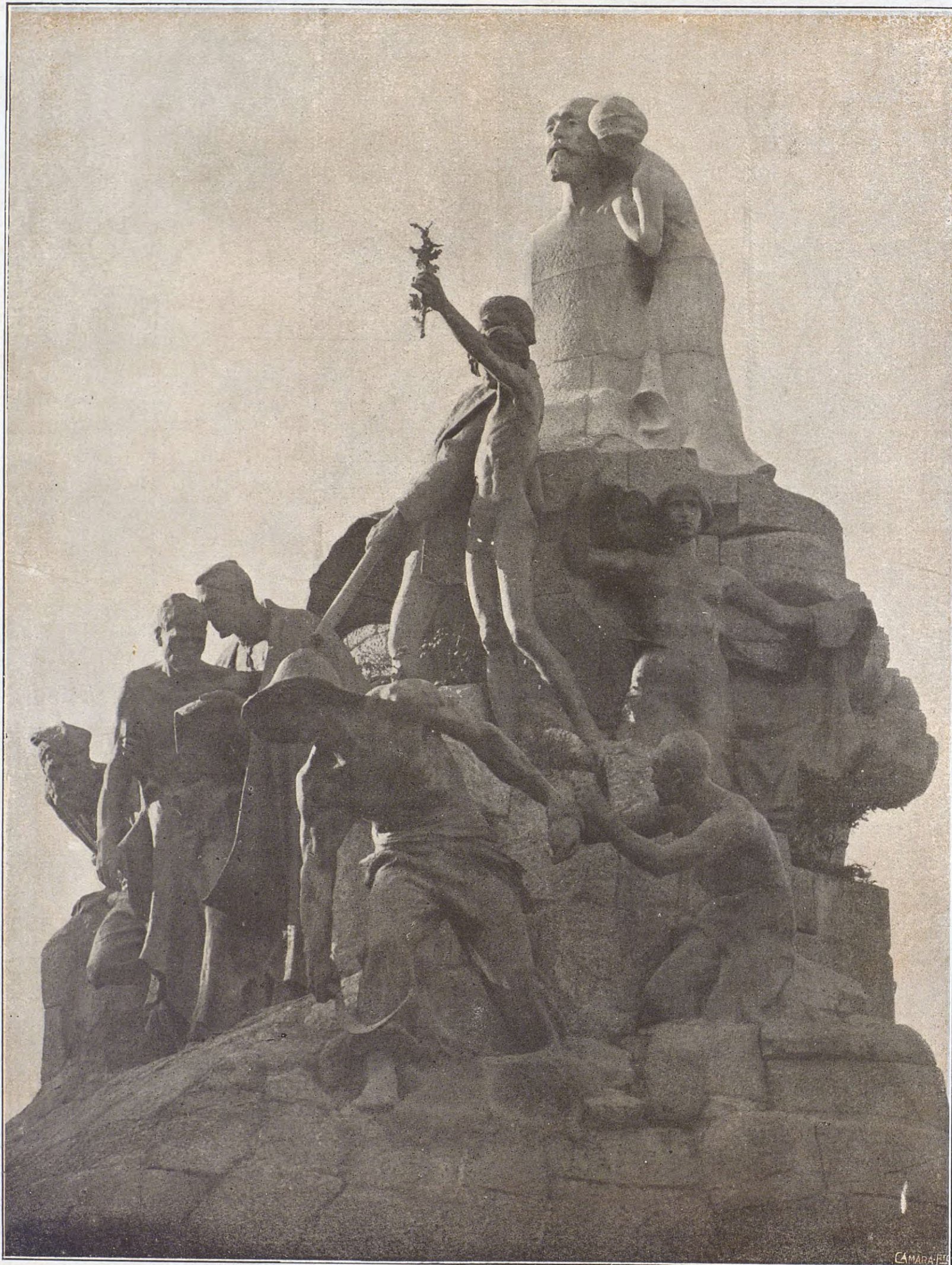
IDILIO  
Esculturas de José Llimona



FIGURA MÍSTICA

POTS. MÁS

EL ARTE MONUMENTAL EN BARCELONA



CAMARÉ

FRAGMENTO DEL MONUMENTO AL DR. ROBERT, LEVANTADO EN LA PLAZA DE LA UNIVERSIDAD, DE BARCELONA.  
OBRA ESCULTÓRICA DEL INSIGNE ARTISTA JOSÉ LLIMONA

FOT. MÁS

GRANADOS EN NUEVA YORK  
EL ESTRENO DE "GOYESCAS"

**E**NRIQUE Granados es actualmente el compositor español más original. Su personalidad se distingue por la novedad, el carácter nacional de sus obras, por su estilo aristocrático y por su *savoir faire* distinguidísimo.

Albéniz le dejó el artístico cañamazo del arte popular en el que Granados ha continuado bordando, pero en otra dirección, el finísimo encaje de sus obras.

Los compositores españoles, cuando se proponen hacer arte nacional, sienten y se expresan, por lo general, en un andaluz convencional ó en un arabismo ú orientalismo falso. Granados no; la música de este compositor es castizamente española, en ella se plasma el espíritu de la raza. No necesita recurrir á la música andaluza, aunque algunas veces emplee sus giros y ritmos más característicos, para darnos una impresión exacta de cómo el ilustre músico siente y expresa el alma musical de España en imágenes representativas de intuiciones estéticas, reflejo de su fuerte temperamento artístico.

Conocíamos á Granados como pianista compositor autor de las célebres «Danzas Españolas» de las «Goyescas», esos típicos cuadros musicales que se titulan: «El pelele» (introducción), «Los requiebros», «El coloquio en la reja», «El fandango de candil», «Las quejas de la maja y del ruiseñor» (primera parte) y «El amor y la muerte» (balada) y «Epílogo» (serenata del espectro, segunda parte). Ahora se lanza con una ópera de altos vuelos: «Goyescas», que se estrena en el teatro Metropolitan, de Nueva York, en el presente mes, y que tendrá seguramente un triunfo resonante.

«Goyescas» tiene dos actos y tres cuadros: junto al Manzanares, el fandango de candil y el fandango ducal. La música, compuesta con fragmentos de la obra de piano del mismo nombre y con trozos de las tonadillas, llamará la atención por su modernidad, sin modernismos extrambóticos; gustó mucho en París (debió estrenarse en la Opera de París antes de la guerra) á Paderewsky, Pugno, Debussy, Faure y Saint-Saëns.

Los personajes principales son: Rosario, duquesa; Lola, maja; Fernando, capitán de guardias reales; Paquiro, torero.

La Bori y Caruso debían ser los protagonistas, pero á última hora se han encargado de los personajes Lola y Paquiro la Fitzyu y Matei. Dirigirá la orquesta el célebre maestro italiano Toscanini.

Doscientas ochenta figuras intervienen en esta obra, de ambiente y de carácter español. Un decorado magnífico, pintado por el escenógrafo de la Scala de Milán, que estuvo en Madrid haciendo los bocetos, completa con los trajes, copia exacta de los cuadros de Goya, la evocación de la realidad sin los preciosísimos excéntrico-fantásticos á lo Néstor, el atrezzo de «Goyescas».

Fernando Periquef, inteligentísimo colaborador de Granados en sus «Tonadillas» (que como la colección de «Canciones» con letras anteriores al siglo XVIII han sido las primeras obras que se han escrito en estilo clásico), ha escrito un interesante y documentado libro para «Go-



ENRIQUE GRANADOS  
Ilustre músico, autor de «Goyescas» FOT. ALFONSO

yescas». Enamorado de la época en que vivió Goya (que conoce como nadie), es una garantía del éxito que tendrá en Nueva York la obra de estos españoles insignes.

Granados, que es un trabajador infatigable, está terminando para el famoso danzarín ruso Nijsky unas danzas de gitanos inspiradas en el cuadro de Anglada, por encargo de Fokine, director artístico del teatro Imperial de San Petersburgo, donde se estrenarán cuando termine la

guerra. Además de las canciones anteriores al siglo XVIII «Mañana era...», «Mira que soy niña», «Amor, déjame», «Descúbrase el pensamiento», «No llores, ojuelos», «Serranas de Cuenca», «Llorad, corazón» y «En vuestros verdes ojuelos», ha compuesto Granados recientemente «El postillón», «El majo olvidado» y «El jay de los pesares!»

«Madrigal», para violoncello y piano; «La natividad de los niños» (canto sacramental de Miró), para pequeña orquesta de cuerda; «Elizondo», poema en cuatro tiempos para pequeña orquesta de cuerda, y «El tango de la cacerola», para piano, son las últimas composiciones de Granados, y completan la copiosa producción del ilustre músico, de cuyo espíritu y gustos aristocráticos en arte están impregnadas sus bellísimas obras.

Porque Granados no escribe música de cemento armado, por el estilo de la que suele premiarse en concursos musicales, en los que sólo se juzga la parte manual; el arte del maestro catalán es siempre un arte distinguido, sin chocarrerías ni vulgaridades; tiene una personalidad inconfundible, el sello y el aroma de las cosas sentidas y bien hechas: espiritualidad, inspiración, elegancia, riqueza de invención.

El insigne músico permanecerá una temporada en Nueva York, donde dará algunos conciertos, pues es sabido que Granados es un pianista admirable.

Sus conciertos en Berlín fueron un éxito y en París fué objeto de agasajos y muestras de afecto.

La crítica dedicó á sus obras y á su personalidad los elogios reservados á los grandes artistas.

«Las orientaciones estéticas de Granados—dije en otra parte—son tan españolas y tan artísticas, que me complazco en señalarlo como algo excepcional, en este laberinto de falsas tendencias, de direcciones incoherentes y equivocadas porque atraviesa el arte musical.

»Granados es nuestro compositor más sano y mejor orientado.

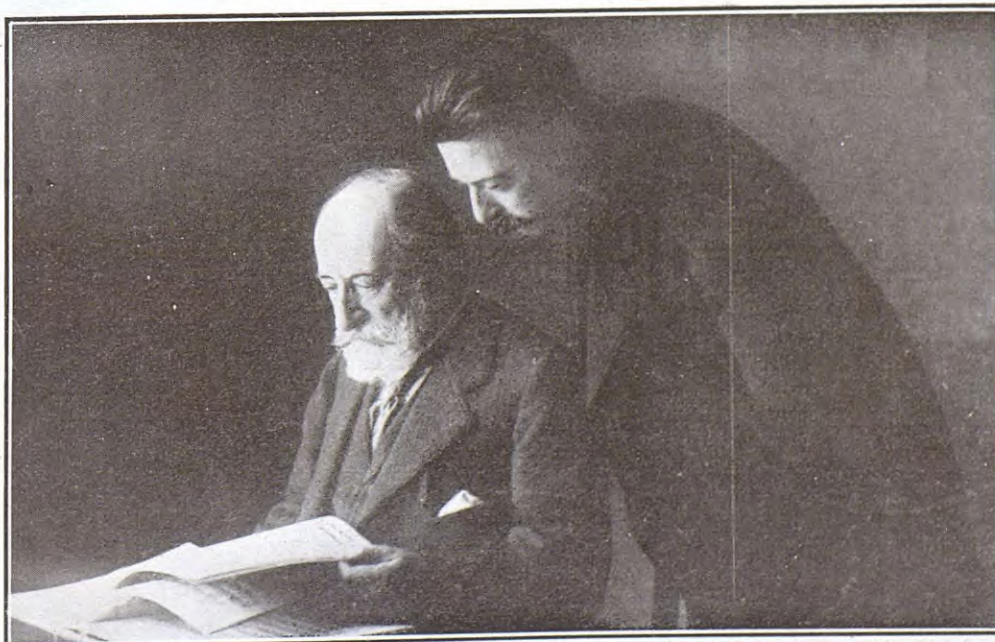
»Sus obras son ya populares y quedarán como algo que se separa de todo lo que se produce en la época actual.

»Granados es en todas sus obras poeta y artista ante todo, la novedad, la gracia y un sello nacional inconfundible las anima.

»Su técnica, sólida y artística á la vez, la emplea siempre como medio de desarrollar sus ideas musicales fecundas, nobles é inspiradas, espontáneas y frescas.»

Un teatro extranjero le abre sus puertas con todos los honores, consagrando su nombre universalmente y haciendo de él una figura representativa de nuestro arte nacional.

El indudable éxito que alcanzará el insigne maestro Granados con el estreno de su ópera en la capital de los Estados Unidos, constituirá no solo una fecha memorable para la historia del arte musical español, sino también una sana emoción de legítimo orgullo en todos los corazones que sientan el sagrado amor de la patria.



El compositor D. Enrique Granados, con el célebre maestro Saint-Saëns



## PALACIOS ARISTOCRÁTICOS EL DE LOS CONDES DE VILCHES

ENTRE las modernas residencias aristocráticas es sin duda una de las más elegantes y á la que sus dueños han sabido imprimir un sello personalísimo, la de los Condes de Vilches y de Goyeneche.

Nada queda allí—salvo los muros exteriores—del pequeño palacio construído en la calle de Génova, con entrada por la de García Gutiérrez, por la anterior Marquesa de Jura-Real, de cuyos herederos adquirieronla en arrendamiento sus actuales moradores; uno de los más notables arquitectos de París fué el encargado de la transformación de aquella residencia, y siguiendo las indicaciones que el refinado buen gusto de los Condes de Vilches le hicieron, convirtió la casa en una de las más bellas y de las más artísticas entre los modernos palacetes cortesanos.

Por una amplia escalera de mármol blanco, en uno de cuyos muros se destaca un gran cuadro de Escuela italiana, que representa el retrato de un cardenal, recorriendo blasonado tapiz antiguo, se penetra en amplísima galería, con grandes puertas, á través de cuyos tersos cristales se divisan los salones. Esta galería iluminada por dos grandes arañas de cristal y bronce, está decorada según el estilo francés del siglo XVIII y sus paredes, que cubren muy bellos cuadros, están pintadas de un color gris, como el que domina en muchas estancias de Versalles. Entre sus lienzos más notables figuran: los retratos de las dos sobrinas del Cardenal Mazarino, del francés Porbus; un hermoso retrato de señora, de Moro, que nosotros consideramos como la joya de aquella morada; otro, también muy bueno, de Sánchez Coello; un interesante cuadro titulado *La cucaña*, de D. Vicente López; el retrato de un Conde de la Cibera, niño, por el mismo autor, y otro del Sr. Mendinueta, Virrey que fué del Perú, abuelo del General Conde de Goyeneche, tío de la actual Condesa de Vilches, atribuído á Goya.



Gran escalera en el palacio de los condes de Vilches

En esta galería, que sorprende por sus bellas proporciones y armónico conjunto, llaman la atención dos soberbios muebles antiguos: una cómoda y un biombo de laca de Coromandel, ese maravilloso trabajo, de estilo japonés, en colores, que los inteligentes en arte retrospectivo, pagan á elevadísimos precios. Esta laca es tan notable y tan permanente que en la Exposición de Viena de 1814 se dió el caso curioso de

que habiendo naufragado el barco que conducía objetos de fabricación moderna, con otros antiguos de Coromandel, mientras aquellos se perdieron en su totalidad por la acción destructora de las aguas, éstos permanecieron intactos, siendo la admiración de aquel célebre certamen. Esto unido á su gran mérito artístico, explica los altos precios que en el comercio de antigüedades obtienen dichas lacas.

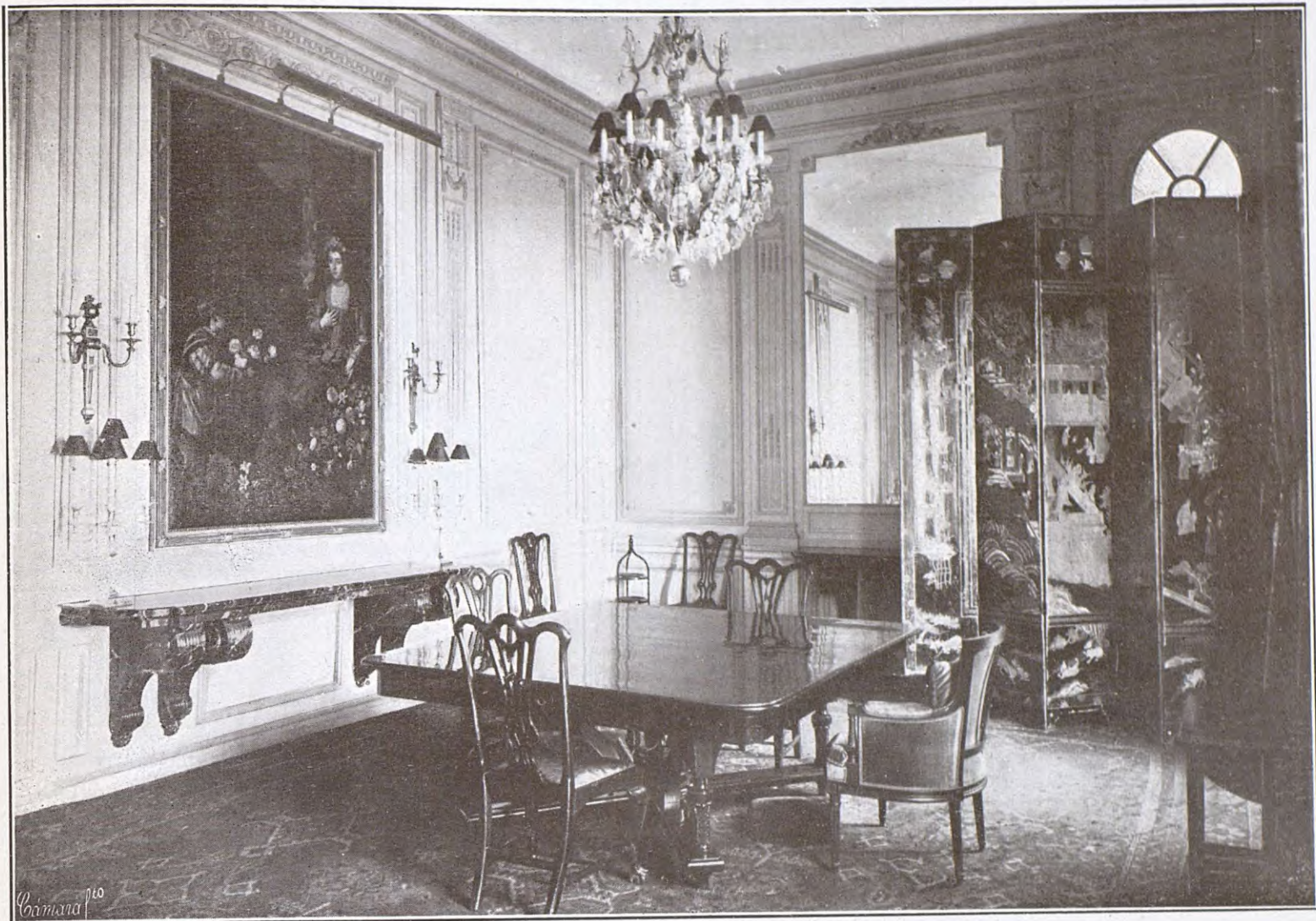
En el salón principal tapizado de damasco color *prelado*—aceptando la acertada calificación de la Condesa de Pardo Bazán—hay varios retratos y cuadros de mérito, entre éstos uno de la Escuela italiana y una tabla de asunto mitológico; un lienzo de Mengs, un Lucas Jordán y un retrato del Conde de Vilches, padre del actual, de Carderera.

Preside este salón, destacándose en su marco color de oro viejo, el retrato de la Condesa de Vilches, esposa del anterior, que es una de las obras definitivas de Federico Madrazo.

El pintor de las elegancias isabelinas, que á semejanza de la que realizó Winthaler en la Corte de la Emperatriz Eugenia, trasladó al lienzo todas las hermosuras aristocráticas de la Corte de Doña Isabel II, puede decirse que llegó á la cumbre en este retrato; bien es verdad que el modelo era digno del artista. La belleza incomparable de aquella dama que presidió uno de los salones más elegantes de su época, es de las que ejercen sugestión en cuantos la contemplan. El óvalo perfecto del rostro, que parece encuadrado en el negro cabello peinado en dos *bandós* que cubren en parte las orejas, según la moda de aquel tiempo; la insuperable distinción de la figura, que viste uno de aquellos trajes amplios de volantes de seda azul cuyo corpiño descotado deja ver la blancura del busto y la maravilla de los brazos, descansando con elegante indolencia sobre los del rojo sillón en que



Uno de los salones de la aristocrática residencia de los condes de Vilches, en Madrid



El comedor del palacio de los condes de Vilches

aparece sentada la hermosísima dama; todo el conjunto, en fin, de la aristocrática figura, es de una atracción irresistible, que nos hace pensar en la que ejercería aquella dama en una época en que los artistas y los literatos, frequentadores de los salones, rendían el tributo de su genio á estas grandes figuras de la sociedad cortesana.

A ambos lados del salón rojo, hay otros dos salones que son dos preciosidades: uno de ellos con *boiserie* verde, Luis XV, tiene entre otros cuadros dos retratos de señora, de Aniconi; el otro, en forma de rotonda, es bellissimo, con *boiserie* de finas tallas, Luis XVI, color gris, elegante araña de cristal antiguo y sillería de vieja tapicería de flores.

Un hermoso cuadro que representa la *Flora* del pintor Vanderhamen es la joya más notable del comedor, en el que como en el resto de la casa, domina la sobriedad y la armonía.

Los tapices que cubren el suelo destacan sus pálidos matices sobre el obscuro fondo de aterciopelada alfombra; pantallas de seda velan la luz eléctrica encerrada en antiguos tìbore y los reflectores vierten sus rayos sobre las pinturas, formando un conjunto de luz discreta que ilumina sin ofender la vista.

Las demás habitaciones de la casa son del mismo gusto, que parece depurarse aún más en las del Conde de la Cimera, cuyo despacho es modelo de elegancia. En éste hay un buen retrato de D. Vicente López, otros varios cuadros, dos bargueños de laca y una vitrina conteniendo la multitud de copas de oro y plata ganadas por el Conde en los diferentes *sports* que con éxito cultivaba.

Los Condes de Vilches y de la Cimera, tienen un salón íntimo que preside la Condesa, dama de grandes prestigios, á cuyas elevadas inicia-

tivas, actividad é inteligencia, débese en gran parte el próspero y admirable estado en que se encuentra la noble institución de la Inclusa de Madrid; sobreponiéndose á sus dolencias, la Condesa de Vilches dirige con insuperable acierto todos los trabajos y reúne los viernes en su casa á la Junta de Señoras que la secunda en su filantrópica misión.

El Conde de Vilches, actualmente Vicepresidente del Senado y Consejero del Banco de España, uno de los más antiguos y significados miembros del partido conservador, que ha figurado mucho en los salones y en la política, evoca á las veces sus interesantes recuerdos, haciendo gratas las veladas á cuantos en torno suyo se congregan en esas deliciosas y casi familiares tertulias.

MONTE-CRISTO



Galería decorada al estilo francés del siglo XVIII, en la que se admiran valiosas obras de arte



El despacho del conde de la Cimera, en el que figura, entre otras obras de arte, un cuadro de D. Vicente López

LA ODISEA DE LOS VENCIDOS — HEROISMO MONTENEGRINO



EL REY NICOLÁS I, DE MONTENEGRO



LA REINA MILENA, DE MONTENEGRO

**P**UEBLO guerrero, batallador, infatigable y luchador perpetuo, Montenegro es el más rebelde de los Estados Balcánicos. A sus abruptas selvas no llegaron los ecos de la civilización mas que en forma de armas de pelea; ni caminos, ni vías férreas, ni telégrafos, ni nada de lo que sea marchamo del progreso y de la cultura, acredita en aquella zona rebelde y montañosa deseos de salir de la primitiva rusticidad que es norma de aquellos bravos montañeses.

En 1389, como consecuencia de la terrible batalla de las llanuras de Kosovo, quedó como hogaño, deshecho el gran imperio servio. Parte de los supervivientes de la fatal derrota, al igual, también, de lo acontecido ahora, buscaron refugio atravesando el Sanvokato de Novibazar en la zona montañesa de Cernagora (montaña negra) donde el terreno favorecía su heroica defensa contra los conquistadores otomanos. Constituidos así los refugiados, en nacionalidad improvisada, confirmaron la suprema autoridad civil y militar en el Obispado de Cetina, vinculándola en la familia de los Petrovich-Niegusch, que dió al naciente pueblo muchos obispos-soldados, que heredaban aquel patriarcado bélico, de tíos á sobrinos.

Danilo I separó la autoridad cívico-militar de la eclesiástica ortodoxa, tomando el jefe del pequeño Estado el nombre de príncipe, que en 1910 se convirtió en Rey, siendo el actual Nicolás I el primer soberano montenegrino.

Antes de la guerra de 1912, la extensión superficial de Montenegro era tan solo de 8.998 kilómetros cuadrados, ganando como resultado de la pelea 5.514, de ellos 455 correspondientes á la provincia de Scutari y 5.075 á la de Kosovo.

El montenegrino, con dos grandes pistolas al cinto, un puñal corto, y una carabina en bandolera, guerrea por instinto; las mujeres son las encargadas de las faenas del campo y el saludo á los recién nacidos es: «líbrele Dios de morir en cama».

El rey Nicolás, llamado por sus súbditos en atención á sus habilidades guerreras y á sus proezas cinegéticas «el viejo ladrón de Carnero» es adorado por los rebeldes habitantes de aquella abrupta región.



EL PRÍNCIPE DANILO  
Hereditario de Montenegro, comandante en jefe del Ejército

Forman el ejército activo 59 batallones, 12 compañías de ametralladoras, 12 baterías de montaña, 16 de campaña, ó sea, en resumen, 50.000 fusiles, 60 ametralladoras y 150 cañones, además de 40 de grueso calibre.

Todo montenegrino es soldado desde los diez y ocho á los sesenta y dos años, instruyéndose á los niños militarmente en las escuelas primarias.

En cada batallón y en cada compañía existe un abanderado (*Bairaktar*) que lleva la enseña de la tribu, dignidad honorífica que se perpetúa en las familias de padres á hijos.

El uniforme de campaña es de paño color gris aceituna, compuesto de guerrera con cuello recto, calzón y bandas. Los generales, jefes y oficiales, usan el capote ruso con cuello vuelto, gorra de plato con emblema de metal dorado, bota alta y sable ruso, que llevan en bandolera. La tropa, gorro redondo y capote con capucha.

El calzado es el nacional *opanke*, abarca de cuero cuyas correas forman una especie de polaina, que sujeta el pantalón, cuando no van puestas las vendas. El color de la hombrera distingue á las distintas armas; estas hombreras son de paño en la tropa, de oro con vivos y varias estrellas en la oficialidad y todas de oro y con estrellas en los generales.

Austria necesitaba á toda costa apoderarse del Monte Lowcen, de 1.750 metros de elevación, para castigar la audacia montenegrina y para librar á Cattaro de la perpetua amenaza de las baterías enemigas emplazadas en la enhiesta colina. Tres días duró el tenaz combate y por fin los austro-húngaros se adueñaron de aquella pendiente abrupta tenida por inexpugnable, que era el verdadero reducto de las fuerzas del rey Nicolás, y con ellas, de gran parte de los derrotados serbios, buscaron apoyo en los angostos desfiladeros de la Montaña Negra.

Roto el baluarte de la encrespada montaña, la independencia montenegrina queda truncada como lo van siendo en esta guerra sin tregua, la de todos los pueblos débiles que fíaron su triunfo á la audacia de su heroísmo indomable y al auxilio de poderosos inhábiles.

AURELIO MATILLA

LA ESFERA  
ARTE MODERNO



FLOR DE ESTUFA, dibujo de Porta

# LA CASA DE LAS SIETE CHIMENEAS

ESA que veis, casa severa y prócer, mansión de tan fuerte solemnidad que más parece fortaleza que vivienda hecha para la vida suave de los potentados en los palacios, es una casa de historia y de leyenda, alcázar de tradiciones memorables, y página harto curiosa del libro madrileño.

Restaurada por el arquitecto Capó para ser instaladas en ella las oficinas del Banco de Castilla, conservó intacto su cuerpo principal, y no ha perdido su traza secular. Sigue siendo la fábrica robusta que señalara Juan de Toledo, y continuaron Antonio Sillero y nada menos que el propio Juan de Herrera.

Fué el año 1570 cuando quedó terminada la casa de las Siete Chimeneas. Ese nombre admirable que suena á tradición y que inquieta con su número siete salomónico y cabalístico. La casa rodeada entonces de su huerta, era como una residencia de placer en las afueras de la capital. Dícese que un montero de Felipe II, ó un médico, según otra versión, fué quien mandó edificar para una hija ó pupila suya, esta morada suntuosa. Tan suntuosa que hubo de murmurarse y aun afirmarse, que el médico ó montero, no eran sino un intermediario ó testafarro, y que quien mandó edificar y costeó la cara vivienda fué el propio monarca Don Felipe, cuya supuesta austeridad, no le había puesto á cubierto de fijarse de una manera harto insistente, en la dama para cuya propiedad y recreo alzábase la finca.

Criada en palacio desde niña había cautivado la atención del mayor soberano de la tierra. Siguiéron los amores, y siendo la dama una real moza de venticuatro años, y pareciendo tanto á ella como á su protector augusto que sería bien encontrar un marido que diese nombre y condición á la joven y bellísima señora, hubieron la suerte de encontrar á un capitán del nobilísimo linaje de los Zapatas, quien prendado á su vez de la damisela, no vació en solicitarla como esposa.

Dióselo de muy buen grado Don Felipe, y es fama que el muy socorrido del severo príncipe, prometió á la novia siete arras para que recordase los siete pecados capitales y no cayese en ellos. A más agregaba como dote los baldíos del Barquillo para que se levantase sobre aquella tierra la casa de los nuevos esposos. Y de allí á poco celebrábase la boda, que verificóse en el convento de San Martín, con un fausto que solamente siendo regio, podía haber llegado á tan grande esplendor.

Y cuando todas las dichas parecían esplendor sobre aquella casa, hé aquí que un año después de la boda moría en Flandes el capitán Zapata, y poco más tarde, apareció muerta en el lecho su hermosa viuda, y muerta misteriosamente.

Y á partir de entonces, la casa tuvo su fantasma. Todas las noches, á toque de ánimas, se veía cruzar sobre el tejado y por detrás de las Siete Chimeneas, una figura esbelta y gallarda de mujer, vestida con un blanco sudario, y llevando una antorcha en la mano. Caminaba con paso firme y reposado. Se arrodillaba mirando á Oriente, y tornando luego hacia Occidente, cuéntase que al volverse hacia aquella dirección del Real Alcazar, se santiguaba y dábale grandes golpes de pecho.

Conseja, leyenda, fantasía. Sí. Pero lo cierto, lo indudable, es que al removerse en el último cuarto del siglo XIX la tierra apretada de los sótanos, apareció entre varias monedas del siglo XVI, un esqueleto de mujer. ¿Cómo había muerto aquella dama que fué así subrepticamente enterrada estando tan cerca las criptas de los templos? Y á la memoria acude el recuerdo de la triste casada, en la que acaso era preciso ahogar algún alto secreto.

Pero no parecía sino que un destino galante se ligaba á la casa de las Siete Chimeneas. Porque habiendo llegado á Madrid allá por el año 1577 un Don Juan Arias Maldonado, que vivía opulento en el Perú con un destino del que se vió privado de pronto, aposentóse en la corte decidido á pretender de nuevo, y acompañado de su esposa Doña Ana, que era mujer de singular belleza.

Muerto sin sucesión el matrimonio Zapata, la casa de las Siete Chimeneas había sido adquirida por Don Juan de Ledesma, secretario de Antonio Pérez. Y en el tal Ledesma estaban fundadas precisamente las mayores esperanzas del perulero para el éxito de su pretensión. Pero el tiempo pasaba, el oro del indiano se agotaba, y

de los más notables trapisondistas de su tiempo. Al mes de realizada esta combinación, moría Arias Maldonado dejando sola y desamparada á Doña Ana. Cataño repitió denodadamente sus galanteos ofreciendo á la viuda la casa famosa, que para regalársela había comprado. Pero Doña Ana fuerte como una mujer de la Escritura, rechazó definitivamente al genovés, y tomó el velo en el monasterio de las Teresas.

Consta que Juan de Ledesma vendió la casa de las Siete Chimeneas á Arias Maldonado, el 25 de Enero de 1578. Que Baltasar Rivera, el alguacil testafarro, la adquirió el 26 de Febrero del mismo año y formalizó la cesión á Cataño el 4 de Octubre de 1581. Destinada estaba la mansión legendaria á continuar su interesante historia. Adquirida en 30 de Junio de 1590 por el doctor Don Francisco Gandí y Ulbra, quedó vinculada en un mayorazgo que vino á ser de la familia de los Colmenares, condes de Polentinos, quienes la han venido poseyendo hasta los tiempos más recientes. Este palacio, cuya importancia era mayor á medida que se extendía el perímetro de la corte, tuvo, según parece, á principios del siglo XVII, el honor preclaro de ser una residencia regia. Parece ser que en él hubo de alojarse el príncipe de Gales, luego Carlos I de Inglaterra, cuando vino como novio de la infanta Doña María, la que después de rota su boda con el inglés, fué reina de Hungría y de Romanos. Volvióse á partir el príncipe británico compuesto y sin novia, pero algunos años más tarde renovóse en Madrid el recuerdo del monarca inglés con la muerte de Antonio Archam, el embajador de Cromwell, asesinado en la calle del Caballero de Gracia, por cinco monárquicos ingleses que vinieron á vengar en él la muerte del rey Carlos que Archam había decidido con su voto.

Había en 1766 la casa de las Siete Chimeneas, el marqués de Squilache, Don Leopoldo de Gregorio, aquel que según el pasquín, regía la España á su gusto y mandaba en Carlos III. Y ante esa casa histórica fué á estrellarse toda la furia popular el día del famoso motín. Squilache que acababa de llegar de San Fernando, tuvo tiempo para huir y refugiarse en Palacio como más seguro lugar, y la marquesa que acababa también de regresar de su paseo, pudo ganar el cercano colegio de las Niñas de Leganés donde se educaban sus dos hijas, y donde permaneció escondida, mientras irrumpía en su palacio, destrozando y saqueando el «cuerpo de alborotados matritenses» como decía el mensaje dirigido al rey por los sublevados.

Si no en su propio recinto, todavía vió en sus vecindades, la casa de las Siete Chimeneas, el desbordamiento de la furia popular. Cuando en 1808, acudieron las turbas frenéticas á incendiar y entregar también al pillaje la residencia de Godoy, que estaba en las casas de la condesa de Chinchón, llamadas del Arco del Barquillo.

Y ya en pleno siglo XIX, el palacio de la calle de las Infantas, ha sido sucesivamente vivienda de los embajadores de Nápoles, de Francia, y de Austria, con lo que todavía tuvo una inmediata relación con nuestra historia ya que más de una vez en las distintas revueltas de la política, sirvió de refugio á varias de las más interesantes figuras del reinado de Doña Isabel II.

Pero después de toda la importancia de su historia, siempre queda culminando entre todos sus recuerdos, el más bello por más obsesivo y misterioso. El de la primera moradora. La de los egregios amores. La de las bodas fabulosas. Aquella de quien luego quedaba la conseja del fantasma penitente, en cuya mano ardía una antorcha como el fuego del pecado. Aquella de quien al fin no quedaron más que esos huesos que se hallaron junto á las arras áureas, tres siglos después.

PEDRO DE RÉPIDE



La casa de las Siete Chimeneas, situada en la calle de las Infantas, esquina á la Plaza del Rey. POT. SALAZAR

sus deseos no llevaban traza de cumplirse. Vivía entonces en Madrid un genovés, arquetipo de los de su raza, que se llamaba Baltasar Cataño, y era un hombre que á pesar del cariño que profesaba á su mujer Catalina Doria, ardía prontamente en deseos ante toda mujer hermosa que tuviese la desgracia de ser vista por él.

Hallóse un día con la de Arias Maldonado y no descansó desde aquel punto. Encontróse con que era honrada y altiva, y sus requerimientos no fueron contestados sino con desdenes. Y peor fué su resultado cuando intentó vencerla á fuerza de oro. Pero era un hombre hábil á más de pertinaz, y púsose de acuerdo con Ledesma, para que éste convenciese al perulero de la necesidad de pretender su empleo por todo lo alto con grande lujo y ostentación. Como Arias carecía ya de fortuna, vendióle al fiado la casa de las Siete Chimeneas, y le obligó á contraer deudas y compromisos. Hasta que viéndole perdido, hizo que cayeran sobre él los acreedores y le dejaran reducido á la más triste situación.

Entonces Cataño, que era el promovedor de todo aquel enredo, compró por la mitad de su valor la casa de las Siete Chimeneas, valiéndose del alguacil Baltasar de Rivera, que era uno

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



SALAMANCA.—ENTRADA AL PATIO DE ESCUELAS MENORES, EN DONDE HOY ESTÁ INSTALADO EL INSTITUTO, Y QUE EN LA EPOCA DE SU FUNDACION LLAMOSE "HOSPITAL DEL ESTUDIO" FOT. KURT HILSCHER

DE NORTE A SUR

Vicente Medina

Inesperadamente, la voz ha vuelto á sonar para los ecos de nuestro corazón. Viene de muy lejos y ella, tan humilde, tan hecha á suspirar las pequeñas tragedias sentimentales en su dialecto *panocho* se robustece al ritmo de atambores y cañonazos. Desde la Argentina canta ahora á la guerra europea el que cantara la mora fatalidad de los campos murcianos. Y bruscamente, después de un silencio de ocho años, esta voz nos ha despertado el recuerdo.

Entre su libro *Poesía* y ese reciente *Canciones de la Guerra*, hay un silencio tan absoluto, tan profundo, que parecía de muerte y que nevó el olvido sobre su memoria.

Cuando marchó de España, nosotros, los que hoy comenzamos la segunda juventud, éramos casi adolescentes. El tenía entonces nuestra edad de hoy. Sonaba á trompetas triunfales su nombre. Los viejos maestros le consagraban artículos entusiastas; las principales revistas soliciaban sus *aires murcianos*. Y entre las rutas de emoción de todos sus contemporáneos, figuraban *La coplica muerta*, *Naide*, *la sequía*, *La cequia* y *La canción triste*, que parecía un presentimiento de su vida futura, en la, para él, extraña tierra:

(Mienta cosas cantando, que naide por aquello que ice sabe lo que son: unas palabricas llenas de amargura y otras palabricas llenas de dulzor... pero por el deajo tan triste, ¡tan triste! llega al corazón, y es verdad que nenguno lo entiende, ¡pero lloran tós!)

y la *Cansera* donde solloza el alma de Murcia abrasada de sol, sin que los palios resecos de sus africanas palmeras la libren del celeste fuego; la *Cansera* que comenzábamos á recitar con la voz limpia y las pupilas enjutas, y terminábamos velada la mirada y temblorosas las palabras por las lágrimas.

No te canses, que no me remuevo; Anda tú, si quieres, y ejame que duerma. ¡A ver si es pa siempre!... Si no me esperatral ¡Tengo una cansera!...

No obstante, Vicente Medina no podía vivir. En España la gloria literaria ni se cotiza en los Bancos, ni puede sustituir al pan. Este hombre que era uno de los primeros y más populares poetas, cuya reputación envidiaban ó fingían despreciar los rebeldes y moceriles portulirras, escribía sus versos de noche, después de copiar minutas toda la mañana en las oficinas del Arsenal de Cartagena, y de llevar por la tarde las cuentas de una fábrica de sombreros. Total: 200 pesetas al mes. Veinte duros en cada oficina.

Por muy poeta que sea un hombre no es bastante, ¿verdad? Pero sonreía resignado. Le bastaba para consolarse evocar los años pretéritos.

Vicente Medina nació en Archena pronto hará cincuenta años. Su padre era jornalero, su madre costurera. Luego, el padre se dedicó á vender periódicos, que el niño leía con verdadera ansia. Animados los padres por el natural despejo del muchacho hicieron un esfuerzo y lo enviaron á Madrid á servir de criado. Pero se cansó pronto y volvió á su pueblo donde sustituyó al padre



VICENTE MEDINA  
Ilustre poeta español, que ha publicado, en la República Argentina, "Las canciones de la guerra"

en la venta de periódicos. Cansado también de aquella vida sentó plaza y guerreo en Filipinas. Cuando le licenciaron volvió á Archena y abrió un comercio que hubo de cerrar á los pocos meses, totalmente arruinado. La cigarra, disfrazada de hormiga en la lobreguez de la trastienda, sentía la nostalgia de los barbechos enrojecidos como su hermana la de Federico Mistral, con su lema «el sol me hace cantar».

Tenía veinticinco años, muchos versos y un amor. Entró en una oficina, publicó en los periódicos diarios y se casó. Como veis, la historia de este hombre es vulgar. Las tres cuartas partes de los jóvenes españoles pueden asomarse á ella como á un espejo.



LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS  
Célebre cuadro de D. Ulpiano Checa, ilustre pintor, que acaba de fallecer en Dax

¿Qué hace ahora el poeta lejos de la patria? ¿Cómo vive, cómo le admiran ó le ignoran en la República Argentina? No lo sabemos. Pero no nos atrevemos á aconsejarle el retorno. Seguimos amando sus canciones de la huerta murciana, seguimos creyendo que es un altísimo poeta pero también siguen abiertas las oficinas para que se refugien dentro de ellas los soñadores...

El pintor de "Los bárbaros"

En Dax acaba de morir un gran pintor español. Grande por el tamaño de sus cuadros, por los asuntos elegidos y por los triunfos que obtenía al otro lado de las fronteras. Se llamaba Ulpiano Checa y entre sus galopadas fantásticas de caballos y los versos rimbombantes, absurdos, del Sr. Núñez de Arce, existían concomitancias de falsedad. Pero que asustaban á la gente y las hacían creer que el miedo era emoción. Por eso al Sr. Checa se le consideraba un gran pintor y al Sr. Núñez de Arce se le imaginaba un gran poeta.

Ulpiano Checa había nacido el año 1860 en la provincia de Madrid, en un pueblo poco eufónico: Colmenar de Oreja. Andando los años es fácil que se eleve en Colmenar de Oreja un monumento al Sr. Checa. Lo merecen sus cuadros de las Pinacotecas de Angers, Buenos Aires, Auxerre, Amiens, Mulhouse y Ruan. Lo exige su cuadro del Museo de Arte Moderno *La invasión de los bárbaros*.

Este cuadro fué premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de 1887 y luego en la Internacional de Viena de 1888. Fué el envío de pensionado de Oreja, cuya plaza ganó Ulpiano Checa en 1884. No habréis olvidado este lienzo de enormes proporciones y de caballos desbocados, como estrofas del autor de *El Vértigo*. Algunos paletos que visitan el Museo no se atreven á acercarse al cuadro por si les atropellan los caballos.

Cuando pintó este cuadro el Sr. Checa, todavía no tenían los guardias municipales atribuciones y una varita para detener los coches y las cabalgaduras.

Después de *La invasión de los bárbaros* el Sr. Checa pintó más caballos y más cuadros históricos: *Carreras de carros romanos*, *Atiia y los hunos*, *Los pieles rojas*, *El rapto galo*, *La fantasía árabe*, *Mazepa*, *Caballos en el abrevadero*, *Las Amazonas*...

Todos ellos son desconocidos en España. El Sr. Checa vivía, desde su primer triunfo, en Francia. A no ser por Zuloaga, Anglada, Rusiñol y Sorolla, primero, y después por los maestros jóvenes españoles, los franceses seguirían creyendo que todavía triunfaban aquí la pintura que llaman «de historia».

Si no esto, seguían creyendo, por lo visto, que D. Ulpiano Checa era un gran pintor. No era más que el símbolo de una época. Y al desaparecer este último representante de las grandes é insoportables «máquinas» pictóricas, desaparece definitivamente una pintura de excelentes condiciones oquedosas para servir de eco á los versos de los que fueron ámbrosios de la poesía española, en plena decadencia literaria...

Si no esto, seguían creyendo, por lo visto, que D. Ulpiano Checa era un gran pintor. No era más que el símbolo de una época. Y al desaparecer este último representante de las grandes é insoportables «máquinas» pictóricas, desaparece definitivamente una pintura de excelentes condiciones oquedosas para servir de eco á los versos de los que fueron ámbrosios de la poesía española, en plena decadencia literaria...

José FRANCÉS